



REVISTA EUROPEA.

Núm. 193

4 DE NOVIEMBRE DE 1877.

AÑO IV.

EL ORIGEN DEL HOMBRE.

Publicaciones recientes, cuyos autores se han colocado en puntos de vista muy distintos, han llamado nuevamente la atención sobre esta cuestión, que ha sido tratada por punto general con más pasión que otras cuestiones científicas. De un lado tenemos el voluminoso libro de M. E. Haeckel, que bajo el título de *Anthropogenia*, se dedica á estudiar la cuestión bajo todas las fases que puede presentar un darwinismo que me atrevo á calificar de exagerado; de otro M. de Quatrefages, en su tratado sobre *La especie humana*, consagra un capítulo á una censura al modo de ver de Haeckel y de Darwin, en la cual desecha todas las teorías transformistas sin sustituirlas con ninguna otra opinión. Habiendo tomado yo parte en el debate por mis publicaciones *Lecciones sobre el hombre* y por mis estudios sobre los *Microcéfalos*, no puedo ser juzgado imparcial, pero procuraré tratar la cuestión absolutamente como si se tratase de un animal cualquiera.

No necesito decir que soy francamente darwinista en el concepto de que creo que no pueden explicarse las relaciones que existen entre los seres organizados sino por medio de una filiación directa, de un parentesco más ó menos próximo ó remoto, según los grados de esta afinidad. Pero aún admitiendo este punto de vista, único en mi juicio que puede darnos cuenta del encadenamiento que existe entre los representantes extinguidos y actuales del mundo organizado; admitiendo también por un lado la herencia y por otro la adaptación como los dos móviles más eficaces de que resulta el ser orgánico, estoy muy distante de conceder á M. de Quatrefages que el darwinismo es, como parece que él lo admite, un cuerpo de doctrina cuyos dogmas ó artículos de fe se hallen definitivamente asentados. Ciertamente que yo no sería darwinista si hubiera de considerar como tales las deducciones á que se ha llegado.

El fondo de la teoría, así como sus aplicaciones, deben estar continuamente sometidas á la prueba de la observación y de la experimentación, y tan luego como se encuentren hechos, debidamente comprobados, que contradigan algunas afirmaciones teóricas, deben estas abandonarse inmediatamente. Podemos y debemos hacer hipótesis para explicarnos el encadenamiento de los hechos, de las causas

y de los efectos; en todas las ciencias debemos aspirar á presentar concepciones cada vez más generales y que abarquen un número también cada vez mayor de fenómenos; pero estas concepciones no pueden tener más importancia que la de jalones clavados provisionalmente en un camino cuyo trazado tenemos en estudio. Estos jalones permanecerán lo que son y nada más, hasta que no se hallen compropados por la observación y la experimentación. La transmisión hereditaria de los caracteres, su modificación por la influencia de la adaptación á los medios ambientes y á los distintos géneros de vida, no pueden ponerse en duda, porque los vemos efectuarse á nuestra vista de un modo evidente. Pero cuando se trata de seguir en detalle esta transmisión y esta adaptación; cuando se trata de descubrir sus causas y separar los efectos de estas causas de los otros efectos que con ellos se mezclan y los ofuscan; cuando se trata por fin de remontarse de estas causas y efectos inmediatos á causas más generales, á efectos más amplios aún, pueden abrirse camino muy distintas maneras de ver, sin que se altere en nada el fondo de la teoría, y sin que se pueda pretender que tal ó cual deducción esté dictada precisamente por las premisas. Los *Cómo* y los *Por qué* tendrán siempre respuestas muy distintas y frecuentemente contradictorias hasta que el encadenamiento de los hechos y su concordancia hayan traído la prueba de la realidad de una de las concepciones provisionales.

Si M. de Quatrefages hace solidario al darwinismo de las opiniones de tal ó cual naturalista partidario de la doctrina, hará en mi juicio tan mal como nosotros si quisiéramos imputar, por ejemplo, al newtonismo todos los errores cometidos por los que adoptan la teoría de la gravitación, ó atribuir al cuvierismo todo lo que puede haber dicho y pensado un partidario de la fijeza de las especies, de la independencia de los tipos orgánicos ó de la correlación de los caracteres.

Lo mismo digo respecto á las mismas opiniones del maestro: aún adoptando las grandes líneas de su teoría, sosteniendo la tesis de que las formas antiguas y actuales están encadenadas entre sí por vínculos de parentesco directo, y que las formas pueden paulatina y gradualmente ir variando hasta pasar de unas á otras, estamos muy lejos de aceptar todas las consecuencias que M. Darwin ha creído poder deducir de estos principios. Uno se

apoya especialmente en la selección natural ó sexual; otro en la emigración ó en el aislamiento; un tercero en la adaptación á los medios ambientes ó en causas interiores de transformación ya lentas, ya bruscas; una gran mayoría sostiene que las transformaciones sucesivas deben ir divergiendo, al paso que yo creo que es también preciso hacer entrar como factor la convergencia producida por la acción de los medios sobre tipos primitivamente distintos: y para hacer resaltar más los caracteres que denotan el parentesco, unos se apoyan especialmente en la anatomía comparada, otros en la embriología y otros en la paleontología; pero todas estas divergencias, frecuentemente muy notables, no pasan de ser opiniones y razonamientos personales más ó menos justificados por los hechos, y discutibles hasta que observaciones reales y decisivas vengan á establecer un juicio definitivo. En todas partes, en todas las ciencias, se producen estos mismos fenómenos. ¿No ha sido Cuvier quien ha establecido y aplicado la ley de la correlación de los caracteres? Pues bien, ¿puede atribuirse al cuvierismo todo lo que se ha deducido de esta ley? Si yo estoy en completo desacuerdo con M. Haeckel, en cuanto á su manera de explicar la antropogénesis, ¿puede decirse que el darwinismo habla solamente por boca de aquel autor? Y si como yo me temo, M. de Quatrefages apenas halla entre los naturalistas actuales partidarios de su reino humano, religioso y moral, ¿puede decirse que todos los que hayan rechazado aquella idea han repudiado el cuvierismo? Pero si yo estoy conforme con M. de Quatrefages para decir con él en vista de una multitud de puntos: «No sabemos nada,» ¿se sigue de eso que yo rechace como él las teorías transformistas?

No entraré en la discusión del reino humano ú hominal, opuesto por M. de Quatrefages, por razones puramente metafísicas, á los reinos animal, vegetal ó cualquiera otros. Tampoco discutiré las diferentes almas, animal y humana, que para M. de Quatrefages son fuerzas análogas á la de la atracción ó de la gravitación, mientras que para nosotros lo que se llama alma es la suma de las funciones del sistema nervioso central, una simple resultante de la organización de un órgano; resultante que desaparece cuando este órgano se aniquila. Verdad es que al ver establecer un reino, equivalente al reino animal ó al vegetal y en contraposición con el primero, para unos seres que sólo se diferencian de los demás animales por la religiosidad y la moralidad (estados de que pueden desprenderse completamente y de que, por desgracia, nos desprende la enfermedad con demasiada frecuencia), seres que, por otra parte, difieren de los monos superiores menos de lo que éstos se diferencian de los inferiores, me veo

absolutamente incapaz de comprender cuáles pueden ser los caracteres distintivos de un reino orgánico ó inorgánico cualquiera. Comprendo que haya seres correspondientes á los grados inferiores de la escala zoológica, que si yo hubiera tenido que clasificarlos, hubiera vacilado si incluirlos entre las plantas ó entre los animales; pero no cabe vacilación cuando se trata de clasificar organismos cuyos caracteres vegetales ó animales se hallan bien definidos. Así, pues, mientras que hay diferencias fundamentales en toda su organización, entre las plantas definidas y los animales definidos, no habría ninguna entre los animales definidos y el hombre definido, y mientras que en el caso primero los reinos vegetal y animal se distinguen por caracteres materiales perfectamente aquilatados, no se podría encontrar ninguna diferencia material entre los reinos animal y hominal.

Pero, lo repito, no quiero entrar en discusión sobre una materia acerca de la cual los teólogos y los metafísicos pueden argumentar indefinidamente y que tiene muy poca relación con la cuestión que nos ocupa. Y puesto que M. de Quatrefages reconoce que, bajo el punto de vista material y anatómico, el hombre es un animal poco diferente de los monos superiores, debe reconocer también que su cuerpo material debe tener el mismo origen que los monos superiores ó que los monos en general. Vista la semejanza, si no la identidad casi completa, entre los cuerpos de los géneros *homo* y *simio*, difícilmente podemos admitir, en nuestra cualidad de naturalistas, que uno de éstos cuerpos haya sido amasado en barro por el Creador en persona, al paso que el otro hubiese quizá resultado de una descendencia más ó menos directa de un antepasado geológico. El origen de estos dos cuerpos similares debe ser también similar. En cuanto á las almas tan esencialmente diferentes que habitan aquellos dos cuerpos, podemos dejar su origen enteramente á un lado. Bien hayan sido introducidas en el cuerpo humano en el momento de la concepción, en el sétimo mes del embarazo ó en el momento de la primera inspiración (pues estas y otras diferentes opiniones se han sostenido), ó por diferente procedimiento en el cuerpo del mono, es un punto del que podemos prescindir completamente, pues sólo nos referimos al origen material.

Si M. de Quatrefages, con excesiva modestia, dice: «Yo no sé nada,» M. Haeckel, por el contrario, lo sabe todo. Para este último, nada hay oscuro; todo está comprobado de un modo eminente. Desde la *Mónera* amorfa hasta el hombre que habla, todas las etapas están determinadas por inducción y distribuidas en 20 ó 22 fases clasificadas en las épocas zoológicas correspondientes. Nada falta allí. Desgraciadamente, ese árbol genealógico tan completo,

tan bien ordenado; tiene un único defecto, parecido al del caballo de Rolando; le falta completamente la realidad, como faltaba la vida al caballo del paladin. Todos los grados de la escala zoológica están constituidos por seres imaginarios de que no se han hallado ni vestigios en tiempo alguno, pero que, no obstante, deben considerarse como enteramente reales. Si aún no han sido hallados, se hallarán más tarde, ó bien eran seres constituidos de modo que no podían conservarse en las capas de la tierra.

La receta para la construcción de tales seres imaginarios es fácil de dar. Tomemos, por ejemplo, el prototipo ideal del vertebrado que M. Haeckel nos enseña en su obra citada (pág. 151, fig. 31 y 32) en sección longitudinal y transversal. «El amphioxus, dice M. Haeckel, se diferencia tan poco de este tipo del vertebrado primitivo, tal como nos lo habíamos figurado según la anatomía comparada y la ontogenia, que podemos llamarle un vertebrado primitivo.» Y cómo no había de ser así, procediendo como lo hace M. Haeckel, es decir, tomando dibujos de secciones reales del amphioxus é introduciendo en ellos modificaciones insignificantes? Pero, por desgracia, este prototipo ideal del vertebrado, tan bien calcado sobre el amphioxus, carece completamente de órganos segmentarios, de los riñones primordiales ó cuerpos de Wolff, comunes á todos los vertebrados, con la sola excepción del amphioxus! El amphioxus no tiene ni corazón, ni órganos segmentarios, ni cabeza; al prototipo ideal le han dado una cosa que es como una indicación de corazón, y le han negado la cabeza, el cerebro y los órganos segmentarios, de tanta importancia filogénica, como ha demostrado M. Semper.

Tal es el modo más sencillo de construcción. Se hace más complicado cuando se trata de componer por inducción tipos cuyos representantes, actuales ó extinguidos, no pueden encontrarse. Se acude entonces á la embriogenia ú ontología, como la ha bautizado M. Haeckel, y se deduce de allí la filogenia, con el auxilio de un principio, verdadero en su generalidad, pero muy circunscrito, á mi modo de ver, en sus aplicaciones, á saber: que la ontogenia representa en sus diferentes fases, pero en compendio, las de la filogenia. Anteriormente, en las primeras ediciones de sus libros, consideraba M. Haeckel este principio como absoluto, y aún en el día le llama la ley biogénica fundamental. Pero habiendo echado de ver que los hechos no correspondían á las deducciones que se desprendían de esta ley absoluta, M. Haeckel se ha apoderado más tarde de una manera de expresarse poco feliz de Fritz Müller, eminente naturalista establecido en el Brasil, el cual había dicho en un folleto titulado *Pour Darwin* que los documentos filogénicos podían estar falsificados en la ontogenia. De esta expresión

ha hecho Haeckel una ley general y fundamental. La cenogenia ú ontogenia falsificada, unida con la ontogenia abreviada ó compendiada, desempeña un gran papel en las inducciones morfológicas y filogénicas. Cuando un fenómeno cualquiera no se amolda al patron preconcebido, se le acusa de estar falsificado y se sigue adelante. Así es como el desarrollo ontogénico del hombre, de los mamíferos en general, más aún, de todos los animales que no quieren plegarse á la teoría de la gastrula, ó que se obstinan en usar como ano el orificio primitivo de la invaginación intestinal, en lugar de destinarlo á boca, etc., no puede menos de estar falsificado, separado de su dirección normal por una causa desconocida. Esto es muy cómodo, pero no por eso es más claro.

Es evidente que ciertas fases embriogénicas acusan estados permanentes de seres precedentes ó vivos en la actualidad, pero que han quedado en un grado inferior de la organización. Si en cada embrión vertebrado vemos una cuerda dorsal, hendiduras bronquiales y arcos viscerales que las separan; si vemos que en unos quedan permanentes estas conformaciones para desarrollarse en tiempo y sazón y desempeñar funciones importantes para la vida del animal resultante de aquel embrión, al paso que en otros se hallan sometidos á una reforma retrógrada para desaparecer al fin ó para entrar en la constitución de órganos muy diferentes, no podemos dudar que en estos últimos tipos es cuestión de fases pasajeras, rudimentarias (abregées), con relación á organismos que las conservan toda la vida. Este estado rudimentario, estas fases embriogénicas serán tanto más notables cuando observemos que las mismas fases transitorias en los organismos superiores, permanentes en los tipos actuales inferiores, se han conservado durante períodos geológicos completos, de modo que los vertebrados que vivían en aquella época presentaban permanentemente las mismas particularidades. No debe extrañarnos tampoco si partes destinadas primitivamente á ciertas funciones, se emplean al fin en otro uso, como si, por ejemplo, un arco visceral se cambia en una parte integrante del oído medio, etc. Los cambios de funciones son tan numerosos, tan evidentes y tan palpables en una multitud de casos, que M. Ant. Dohrn los ha considerado como una ley fundamental que ha ejercido, según él, una influencia capital sobre la constitución de todo el reino animal. Igualmente podemos demostrar paso á paso la reducción sucesiva de ciertas partes muy importantes en un principio, y que acaban por desaparecer completamente después de haber llegado en su decrecimiento á presentarse como rudimentarias. Todos estos hechos son fácilmente demostrables y pueden con razón servir de

fundamento para establecer un principio que olvidamos con demasiada frecuencia los zoólogos, á saber: que la función fisiológica es totalmente indiferente cuando se trata de determinar identidades y homologías morfológicas.

¿Pero se deduce de esto que pueda hablarse de falsificaciones, de ontogénesis falsificadas, de procedimientos cenogénicos, y que se pueda elegir caprichosamente entre los fenómenos de la ontogénesis para decir: esto es bueno, aquello está falsificado?

Seguramente que no. Aun dejando á un lado la cuestión del «Por qué,» del «Cómo» y del «Por quién,» es evidente que considerando las cosas bajo el mismo punto de vista de M. Haeckel, no hay una ontogenia ni una filogenia cualquiera que no esté falsificada desde el principio hasta el fin, tanto por el objeto que se propone el desarrollo, como por las condiciones mecánicas del desarrollo en sí. Los arcos viscerales de un animal que ha de tener respiración bronquial se desarrollarán de un modo enteramente distinto de las mismas partes homólogas, que en otro animal no llegarán nunca á ejercer función respiratoria. El embrión protegido por las envolturas del huevo, alimentado por la reserva vitelina acumulada á su alcance, ó por las sustancias que le suministra el cuerpo de la madre, presentará necesariamente una conformación que está en armonía con estas condiciones de existencia, mientras que el animal que ha salido del huevo, que debe protegerse y alimentarse por sí mismo, tendrá una organización en armonía con sus necesidades. Ahora bien, el trabajo económico no es inagotable, y estas necesidades muy diferentes para los dos seres, que por otra parte tendrían el mismo grado de organización, se reflejarán necesariamente en el conjunto de los órganos. Un animal libre que tiene una cuerda dorsal, hendiduras bronquiales, como el embrión humano por ejemplo, no podrá estar satisfecho con órganos de movimientos tan miserables y endebles, con un sistema nervioso central aún abierto en el surco dorsal, con una piel tan blanda y casi nula, etc., como nos los presenta el feto encerrado en el órgano protector útero. Todo el desarrollo ontogénico de este embrión estará por consiguiente «falsificado» con relación al ser libre: sólo encontramos en él ontogénesis falsificadas.

Las necesidades mecánicas no tienen una importancia menos considerable. M. His, contra el cual no halla M. Haeckel términos bastante denigrantes, ha insistido con razón sobrada en este aspecto de la cuestión. Quizás ha exagerado un poco esta manera de considerar las cosas, pero no puede caber duda en la exactitud del fundamento del principio, aun cuando sus aplicaciones fuesen aventuradas ó arriesgadas. Si vemos en todas partes en la estruc-

tura de los huesos, en la conformación de las superficies articulares, en la disposición de los músculos, etc., la manifestación de principios mecánicos rigurosamente calculados y calculables, ¿por qué habrían de faltar estos principios en la constitución de los embriones, en la manera de estar plegadas las hojas primordiales, en el modo de desenvolverse y envolverse los tubos y las superficies que vemos en la vida embrionaria? Las condiciones mecánicas producirán necesariamente fenómenos muy distintos según la constitución primitiva del huevo y de sus partes integrantes. ¿Hay derecho para decir que se hallan falsificadas?

Por último, es evidente que lo mismo podría hablarse de falsificación filogénica que de falsificación ontogénica. Las conformaciones tan capitales del amnios, del alantoides, de la placenta, que, según M. Haeckel, tienen una importancia filogénica de primer orden, jamás han podido existir en un animal que vive fuera del huevo,—no podemos imaginarnos un animal que viva libremente, cuyo sistema nervioso central esté abierto en toda su longitud formando un surco que se continúa de un modo directo con el surco intestinal aún no cerrado en forma de tubo;—toda la filogenia se halla, pues, falsificada con relación á la ontogénesis, porque esta excluye necesariamente todas estas conformaciones.

Ahora bien, ¿cómo reconocer, en vista de todas estas conformaciones tan diferentes, lo que es realmente transmitido, lo que es adquirido ó, según la palabra adoptada «falsificado»? En la mayor parte de los casos, la elección es completamente arbitraria. Se declara falsificado lo que no se ajusta á un plano trazado de antemano, y se llega así á árboles genealógicos parecidos á los setos tan caprichosamente recortados con que adornaban los jardines. Le Nôtre y sus sucesores. Tomando cierta dosis de herencia, otro tanto de adaptación, un polvo de falsificación, y añadiendo á todo esto, como jarabe, algunas nociones bien aplicadas sobre el monismo filosófico y la ley biogénica fundamental, se podrá componer siempre una mixtura á propósito para curar las llagas abiertas de la filogenia.

No podemos aceptar esta pretendida falsificación, al paso que reconocemos que en cada ontogenia se producen fases similares á las recorridas por los antecesores durante los períodos geológicos, pero modificadas por las condiciones de existencia del embrión en el huevo, por las condiciones mecánicas de su desarrollo y por la época más ó menos precoz en que ha de entrar, como ser independiente, en su lucha por la existencia. Quizás se agreguen también á estas diferentes causas, en casos particulares, modificaciones acaecidas durante el mismo desarrollo embrional; sería difícil formarse una idea

de la sucesión directa de los séres, sin admitir que puedan verificarse tales modificaciones.

Examinemos ya las ideas emitidas por los dos autores á quienes impugnamos á la vez. Aquí se presenta desde luego una identidad de opiniones entre M. Haeckel y M. de Quatrefages. Ambos á dos son francamente monogenistas; para ellos todas las razas humanas proceden de un sólo tronco y han sido producidas, partiendo del hombre primitivo, por el cambio de lugares, en el que los descendientes del hombre primitivo se han hallado sometidos á otros medios ambientes, cuyo efecto ha sido la modificación de los caracteres, hasta la producción de las diferentes razas actuales.

Esta concordancia es verdaderamente importante. No puede admirarnos que M. Haeckel llegue á esta conclusión,—todos sus árboles genealógicos son francamente monofiléticos,—todos los troncos, pro-manamaliano, protamniota, procraniota, cordoniano, protélmico, etc., son troncos únicos de donde parten infinitos radios divergentes. Más difícil es comprender cómo llega M. de Quatrefages á la concepción teórica de un hombre primitivo, rojo y prognato, cuando ninguno de los hechos que enumera autoriza en modo alguno esa poética imagen. Si M. de Quatrefages se atuviese en esta cuestión á los hechos, debiera confesar que las razas primitivas que describe el mismo, razas de Canstatt, de Cro-Magnon y de Turfooz, las más antiguas que se conocen, son tan diferentes entre sí como las razas actuales, y que todos los estudios lingüísticos, tan bien expuestos por M. Hovelacque, no han podido aún llegar á comprobar la existencia de una sola lengua-madre primitiva, sino solamente de algunos troncos esencialmente distintos. Aquí, pues, en esta sola cuestión se lanza resueltamente M. de Quatrefages en el mismo camino que M. Haeckel, sustituyendo á los hechos un sér, tronco ó cabeza imaginaria, cuya existencia nada hay que nos la haya revelado. No es ménos curioso ver cómo M. de Quatrefages aplica ámpliamente los principios darwinianos á las variaciones de las razas humanas, al propio tiempo que los rechaza cuando se trata de la formación de las especies animales. Y, sin embargo, sería fácil probar que las diferencias que separan al Gorila del Chimpanzé casi no son mayores que las que distinguen al negro ó al australiense del hombre blanco,—tan pequeñas son estas diferencias, que se ha podido discutir muy seriamente acerca del mono Matuka del Jardín zoológico, y aún hoy están divididas las opiniones acerca de este particular.

Disto mucho de querer negar esta variabilidad del hombre y la posibilidad de la descendencia de un tronco común; de buen grado los admitiría cuando me fuesen demostrados, viendo en ello una prueba de los principios asentados por Darwin;

pero si yo me limito el papel de naturalista, que quiere pruebas palpables, hechos y nada más que hechos; si yo ratiocino solamente en calidad de tal, debo confesar que los hechos conocidos hasta el día no apoyan este modo de ver, sino que por el contrario hablan muy alto en pro del origen poligenista de las razas que vemos en el día. Las razas mestizas, cuyo número es tan considerable que apenas podemos reconocer hoy razas puras, suponen razas primitivamente divergentes; si se han mezclado razas puras (negros en América, etc.), no han podido aún borrar sus caracteres distintivos; y aún cuando M. Lyell no haya percibido olor de negro en una iglesia de Savannah, debo hacer constar por mi parte que hay olfatos suficientemente sensibles que distinguen aún hoy, no solo el negro civilizado, sino también el mestizo, por el olor que les es peculiar.

En mis «Lecciones sobre el hombre» he robustecido estas conclusiones que se deducen de los hechos con consideraciones sacadas de otro orden de ideas. Insistí entonces acerca de las observaciones de los anatómicos, corroboradas por los estudios de Gratiolet sobre el cerebro, según las cuales las diferentes especies de monos antropomorfos se aproximan al hombre por diferentes caminos. M. de Quatrefages es también de la misma opinión. El gibou se aproxima á él más por la conformación de su columna vertebral, el gorila por sus miembros, el chimpanzé por su dentición y la forma de su cráneo, el orang por la forma de su cerebro. Ahora bien, si estos monos, partiendo de diferentes puntos, se aproximan así al tipo constituido por el hombre (el orang, decía Gratiolet, es por su cerebro un gibou, el chimpanzé un macaco, el gorila un anocéfalo), ¿por qué ha de negarse que las diferentes razas humanas pueden haber tomado su origen en familias diferentes para aproximarse por caracteres comunes? Hoy vemos las razas humanas, primitivamente distintas, aproximarse por la influencia de los medios ambientes y de los cruzamientos,—no encontramos ningún hecho que compruebe un tipo tronco único, ó solo mayor analogía en los tiempos antiguos;—estos hechos y estas analogías ¿no nos obligan á admitir que ha dominado siempre la misma tendencia homípeta, si puedo expresarme de este modo? ¿Dónde se encuentra la unidad? ¿En la teoría monofilética que hace salir las ramas de las razas de un tronco común, para plegarlas en seguida las unas hácia las otras, ó en la teoría poligénica que admite la aproximación sucesiva de las diferentes razas desde su origen?

Vuelvo, pues, contra él mismo el argumento que opone M. de Quatrefages á los darwinistas; me quedo en el dominio de los hechos que me demuestran la existencia de razas diferentes en los tiempos antiguos, y digo á mi sabio amigo: Enseñadme

vuestro hombre-tronco, rojo y prognato, y creeré en él!

Admitida la descendencia del hombre de un antecesor cualquiera, la primera cuestión que se presenta es el saber cuál era este antecesor y con qué tipo viviente ó fósil tenía más analogía. M. Haeckel es muy categórico en este punto: el hombre es un mono *catirhino*, perfeccionado; su antecesor debe haber sido un mono *catirhino*, y todos los monos *catirhinos* ó del mundo antiguo descienden directamente de los Prosimianos y especialmente de los Lemurinos. En mi Memoria sobre los microcéfalos he emitido una opinión contraria, fundada en el exámen del cráneo y del cerebro de estos hombres-monos, como los llama la voz popular. No es preciso decir que M. de Quatrefages nos impugna á los dos, puesto que es opuesto á toda deducción trasformista.

Estoy muy conforme con M. de Quatrefages cuando insiste en el hecho de que entre los monos y los hombres hay un orden divergente en el desarrollo de los principales aparatos orgánicos; pero no puedo conceder que este orden sea inverso. M. de Quatrefages insiste en el diferente desarrollo de la base del cráneo, cuyo ángulo sfenoidal disminuye en el hombre desde que nace y, por el contrario, aumenta en el mono; insiste también en la diferencia que existe en el desarrollo de las circunvoluciones cerebrales que recubren el lóbulo central (ínsula), situado en el fondo de la cisura de Sylvio. Lo repito, estos son desarrollos divergentes, pero no opuestos.

Acepto también sin reserva lo que dice M. de Quatrefages con respecto á los medios de transición del hombre y de los monos *plathyrrinos*. No obstante, debo hacer aquí una restricción. Según los últimos estudios sobre el cerebro del chimpancé, verificados en cerebros recientes, se ha comprobado que dichos medios pueden también estar libres en este antropoideo, y lo que es más, pueden estar ocultos en uno de los emisferios y libres en el otro. Por sólo este hecho, el carácter en que insistía Gratiolet con más especialidad, pierde toda su importancia.

Pero el punto en que discordamos completamente M. de Quatrefages y yo es en la manera de considerar las suspensiones de desarrollo, miradas como fenómenos de atavismo. Aquí es preciso pesar las palabras, por lo que cito textualmente las del autor.

«También aquí, dice, aparece claramente uno de los caracteres culminantes de la argumentación peculiar de los darwinistas. La microcefalia, el idiotismo, el cretinismo constituyen otros tantos estados teratológicos ó patológicos, y corresponden por consiguiente á grupos de hechos muy numerosos, estudiados hace mucho tiempo. Si algunos de estos

hechos pueden considerarse como *fenómenos de atavismo*, ¿por qué se han de considerar los otros de distinto modo? ¿Por qué en el cretinismo, en la misma microcefalia, se toma un solo carácter, atribuyéndole esta cualidad, y los demás se consideran como del dominio de la teratología y de la patología? Hay en esto evidentemente un modo de obrar *completamente arbitrario*, diametralmente opuesto al verdadero método científico.»

Por mi parte, hasta ahora yo creía que el verdadero método científico residía en la distinción de los fenómenos, diferentes en el fondo y quizás análogos en sus efectos; pero no en la mezcla sin exámen de aquellos mismos fenómenos.

Ahora bien, designamos con la expresión *suspension de desarrollo*, estados en que una conformación normal, pero pasajera, se conserva en el mismo estado por más tiempo del que debiera.

El coloboma del iris, la fistula congénital del cuello, la cloaca común, la cryptorquidia, la atresia del ano, la persistencia del orificio oval del corazón y otros muchos fenómenos semejantes son suspensiones del desarrollo, porque estos estados son normales durante una cierta parte de la vida embrional, porque son fases absolutamente normales por las que debe pasar todo embrión en su desarrollo, pero de las que debe salir en la marcha regular de este mismo desarrollo. Un embrión que no presentara en una fase de su desarrollo perfectamente determinada, un paladar abierto hácia las fosas nasales, una coroides hendida, una ínsula al descubierto, hendiduras branquiales abiertas, una cloaca común, testículos en el fondo de la cavidad abdominal, etc., tal embrión sólo por esa circunstancia sería un embrión anormal; pero cuando un embrión que afecta estas fases normales en la época prescrita, conserva por una causa cualquiera estas conformaciones más tiempo del que les está asignado, estará acometido de una suspensión de desarrollo.

¿Pero qué importancia tienen en el debate las causas de este fenómeno? Espero que continuando los estudios de Geoffroy, de Panum y de otros se llegará á demostrar un día que todas estas suspensiones de desarrollo dependen de causas patogénicas, muchas veces hasta mecánicas ó exteriores, y se quitará así el misterioso velo que encubre aún este fenómeno; pero pregunto nuevamente: ¿es posible confundir estos estados con estados patológicos, extraños á la marcha regular del desarrollo? Se ha podido poner hidrópicos los embriones, se les ha comunicado un sinnúmero de enfermedades; estas hidropesias, estos casos patológicos constituyen fases por las que haya de pasar necesariamente todo embrión normalmente constituido. ¡Seguramente que no! Pero salta á la vista la diferencia fundamental entre las fases de desarrollo suspendidas de un

modo cualquiera y los estados patológicos extraños al desarrollo normal, y en mi opinion el confundir estas cosas esencialmente distintivas es alejarse cuanto es posible del verdadero método científico.

A nadie puede ser más grato que á mí que M. Baresté haya producido suspensiones de desarrollo. Efectivamente la microcefalia es una suspension de desarrollo, porque cuanto más se estudian los cerebros de los microcéfalos, más se ha comprobado el hecho que apenas habia yo llegado á entrever, que en todos ellos la ínsula se halla al descubierto en una parte de su superficie interior, lo cual es un estado normal en todos los embriones humanos alrededor de los tres meses de edad. Hecho permanente este estado en el microcéfalo, el cerebro ha sufrido suspension de desarrollo en esta parte esencial. He inquirido la causa de esta suspension sin poder descubrirla. M. Klebs, despues de haber preguntado á la madre de Margarita Maehler, cuyo cráneo considerablemente deformado he descrito yo, emite la opinion de que los calambres uterinos que la madre habia padecido durante el embarazo, habrian podido ejercer aquella funesta influencia sobre el cráneo y el cerebro por la presion ejercida. Yo aplaudiria entusiastamente si pudiera comprobarse esa ú otra causa cualquiera; ¿quitaria eso á aquella conformacion el carácter de una suspension de desarrollo?

«Pero, dice M. de Quatrefages, esa suspension no es aislada. Otros órganos, otras funciones padecen tambien en los microcéfalos. *Todos han aparecido infecundos*; y por cierto que la infecundidad no puede considerarse como un fenómeno atávico.»

Perdóneme mi sabio amigo; pero en este punto se ha excedido. Además del caso de Gore, de una microcéfala con el periodo mensual, he citado en mi Memoria varios casos de los dos sexos. En su descripcion de Margarita Maehler, á quien habia examinado en vida, M. Virchow dice expresamente: «La hija, de edad actualmente de 21 años y *con el periodo menstuo hace un año...*» y en su relacion sobre la autopsia de la misma persona, que murió á los 33 años, dice el doctor Schroeder: «Utero de magnitud normal, plegado en el cuello por formacion de tejido conjuntivo; cicatrices en los dos ovarios; una mayor en el ovario izquierdo, correspondiente á un folículo de Graet lleno de sangre coagulada.» Páginas 42 y 44 de mi Memoria acerca de los microcéfalos: «Infecunda una mujer que tiene el periodo menstuo y en la que se encuentra un útero normal y los folículos de Graet rotos y cicatrizados. Encuentro tambien en las noticias acerca de los microcéfalos que he estudiado: Federico Sohrc, 13 años, «Las partes genitales tienen una conformacion regular.» Miguel Sohn, 20 años: Los órganos sexuales bien conformados y proporcionados á la edad...»

Schütteleindreyer, edad de 31 años: «Algunas veces aunque pocas, manifestaba instintos sexuales; una sola vez quiso violentar á la mujer de su hermano para saciar su pasion: la cogió por el pelo y la abrazó con efusion, pero los gritos de la mujer y la presencia de las personas que acudieron á ellos le impidieron satisfacer su deseo...» Microcéfalo de Jena 26 años: «Partes genitales bastante desarrolladas...»

Creo insostenible la tesis de M. de Quatrefages, y á su frase: «Otros órganos, otras funciones padecen tambien en los microcéfalos,» se puede oponer la asercion de Juan Müller, el célebre anatómico de Berlin, que en su informe acerca de la autopsia de Miguel Sohn, muerto á consecuencia de una extravasacion de sangre al cerebro, dice terminantemente: «El cuerpo estaba bien proporcionado para la edad de 20 años; todas las visceras estaban bien conformadas.»

C. Vogt.

(Continuará.)

EL DEBER

MORAL Y JURÍDICAMENTE CONSIDERADO.*

I.

Creo oportuno, siquiera sea solo como un antecedente necesario é interesante, hacer una rápida y sintética exposicion de las principales doctrinas metafísicas que, en su aplicacion á la moral, aspiran á monopolizar su fundamento, explicando el *Deber* á su manera, y produciendo las morales más opuestas á la sana filosofia, á la conciencia, y al sentido comun.

El *Idealismo* aparece en lontananza como la más antigua y la más sublime de todas: «Dios, dice, es el ideal de la perfeccion; es la verdad, el bien, lo bello; el hombre debe incesantemente imitarle; la felicidad absoluta solo reside en la verdad y la virtud; lo demas es pasajero y no debe excitar el deseo ni el temor...» estos y otros pensamientos revelan elocuentemente que su doctrina aproxima el hombre á Dios, comunica á su moral una base segura, depura el interes, fija el deber; y por otro lado explican el por qué en vez de envejecer se ha reproducido y perfeccionado constantemente por los genios más ilustres de todos los siglos; pero á pesar suyo el platonismo ni desenvuelve ó depura sus ideas, ni deja de incurrir en defectos de gran monta. «El sabio, dice por ejemplo, es el único que puede realizar *el Deber*, el ignorante es como el ciego, que ni ve ni puede ver...» error gravísimo,

* Discurso leído en la apertura del curso académico de 1877-1878 en la Universidad de Zaragoza.

aun recordando el mundo á que perteneció y la sociedad que intentaba regenerar.

El sistema de las ideas exclusivas en Dios produjo el *Estoicismo*, y lógicamente el panteísmo más completo. Zenon se propuso combatir á Epicuro enseñando que el bien reside únicamente en la virtud, y al proclamar su célebre máxima *sustine et abstine* hizo, entre otras, las siguientes falsas deducciones: «El deber es la lucha por la lucha, el sacrificio por el sacrificio,» pero la ley absoluta á que obedece es, como el bien y el órden universal sin lo particular, *verba et voces prætereaque nihil*. La filosofía del pórtico desencadena un inmenso orgullo; dice que el dolor no es un gravísimo mal; hace del hombre un sér superior á Dios para rebajarle despues á la más despreciable y abyecta de las criaturas: su doctrina, aunque más noble, es tan pobre y mezquina como la que combate; consagra un *falso deber*, y no ofrece seguridad á la moralidad humana.

El *Sensualismo*, tan antiguo como el mal, sustituye á la idea del *Deber*, demasiado absoluta para eliminarla directamente, la del interés, que sin su apoyo no puede sostenerse. Es una filosofía suicida en que todo se sacrifica al egoísmo, y que si en la antigüedad produjo el *epicureísmo* ó *hedonismo*, principal causa de la decadencia social del mundo greco-romano, en las edades posteriores se ha reproducido bajo múltiples y variadas formas; lo que no debe sorprender al observar atentamente esa multitud de hombres que en todos tiempos «envidian á las bestias porque no tienen que cuidar más que de su cuerpo, y elevan á su altura al animal para poder vivir como él.» (1)

Primo hermano de este y otros sistemas es el *Utilitario*, que á pesar de conocerse ya en tiempo de Aristóteles puede decirse que hasta el nuestro no ha ejercido científicamente esa poderosa y trascendentalísima influencia de que alardean los que le profesan. El celeberrimo jurisconsulto inglés Jeremías Benthan hizo cuanto pudo por analizar todos los géneros de utilidad, pero se olvidó de la suprema, que descansa en el principio del deber; se afaná en simplificar la moral del placer, sosteniendo que es locurá é impertinencia querer dirigir la conducta en sentido opuesto al interés, mas al aconsejar y exigir el amarse á sí mismo sobre todo y ante todo, aceptó la inmoralidad como base de su doctrina, pues el interés, por inteligente que sea, rebaja la dignidad humana, sustituye el error al deber, ataca la libertad y destruye el órden social: aun aceptándole tal como le presenta Stuard-Mill, en nuestros días sería insuficiente, porque la experiencia cons-

tantemente demuestra que á veces las riquezas se sacrifican al deber, como sucede en cuantas acciones sublimes ó heróicas se realizan. Admite en verdad las ideas morales, pero las explica con su especial criterio: el interés es incompatible con los más sanos principios; el interés, al negar lo absoluto y necesario en el destino humano, niega, no puede ménos de negar, la fuerza y alcance del *deber*.

El *Sentimentalismo*, al fijar en el sentimiento la regla del bien, olvida que lo que obra en lo físico influye también sobre lo moral; que el sentimiento general ó individual es vago y relativo, á veces nulo ó casi nulo, y que si puede servir de dato ó criterio, nunca de norma ó ley de las acciones. Las teorías del sentido moral de Hutcheson, de la belleza ó deformidad de Shaftesbury, de la simpatía de Adan-Smith, del humanitarismo de Rousseau, convienen en el mismo principio, que si más elevado que el del *interés bien entendido*, no puede considerarse como fundamental, pues entónces se llegaría á confundir el bien con una de sus aplicaciones, y no existiría más que una clase de *deberes*, sin principio fijo á que responder ó sujetarse.

En el *Formalismo* moral de Kant, la conciencia como *imperativo categórico* se impone al alma, y obra de tal modo sobre nuestras determinaciones, que la voluntad, motivo próximo, puede llegar á ser una regla universal en la legislación de los seres racionales, esto, como todo el sistema kantiano, podrá ser bello en la forma y elevado en el fondo, pero equivale á confundir la causa con el efecto: es verdad que muchas veces el hombre se ve en la necesidad de obedecer á la conciencia, pero la ley moral no puede fundirse ni mezclarse con ninguna de sus indicaciones. Un filósofo, nada sospechoso, dice al juzgar esta célebre doctrina: «Si el deber es el principio del bien; si no puede decirse haz esto porque es bueno, sino por el contrario, esto es bueno porque debes hacerlo... si la justicia y la sinceridad son buenas porque no las impone la ley, que es el *deber*... ¿por qué y para qué esa ley?... hé ahí lo que no sabemos, y lo que el filósofo de Koenigsberg llama el hecho primero de la razón práctica.» (1)

Entre las varias, complejas y nebulosas manifestaciones de la impropriamente llamada filosofía alemana, sobresale el *Hegelianismo*, que llega hasta reproducir la antiquísima doctrina de la metempsicosis; su célebre principio rechaza las ideas *á priori*, niega la realidad del bien y del mal, de la justicia y de la injusticia, y hace del mundo un flujo y reflujo de formas vanas. «Hombres hubo, dice Monseñor Maret (2), que tuvieron el triste valor de de-

(1) BOSSUET. CONNAISSANCE DE DIEU ET DE SOI-MÊME, cap. V. (Edition Didot.)

(1) P. Janet. *La Morale*, Paris, un vol. en 8.º, p. 30.

(2) *Philosophie et Religion*. Paris, un vol. en 8.º, p. 4.

ducir de sus principios las consecuencias más extremas, aterrorizando al mundo con sus amenazadoras doctrinas; debía inventarse una palabra para designar el nuevo error, y el *antropoteísmo* fué el título y símbolo de la nueva secta; sus tristes consecuencias han alejado de esa doctrina los talentos más privilegiados, y desde hace algunos años su decadencia aumenta y su disolución se precipita.» Y en verdad, puro panteísmo, si el hombre es Dios, si lo finito es infinito, aquel no puede formular la más sencilla dirección de sus acciones; por consiguiente, no hay para qué hablar del *deber* entre los discípulos de Hegel.

El *Eclecticismo*, tan brillante y elocuentemente expuesto en nuestros días por Mr. Cousin, al tomar de cada sistema lo que cree mejor, y este es su mayor error, no fija el principio de la ciencia (1); aún considerándole, como algunos, cual el *desideratum* de la filosofía, en él se encontraría, por ejemplo, que al reconocer, como Platon, el bien absoluto, ni dice cuál es su ley, ni señala las secundarias que explican los hechos de justicia y caridad. El eclecticismo es transacción, y ésta no es posible tratándose del principio fundamental del *deber*.

El *Escepticismo* ó *Pirronismo* no entra en este cuadro, porque más que sistema es una enfermedad moral que se infiltra, y á veces sin sentir, lo mismo en la sociedad que en el individuo. Para el escéptico todo es invención ó negación; si admite lo que la ley prohíbe ó permite, ésta no se concibe sin referirla al Supremo Autor de todas las leyes, pues, como dijo Plutarco, es más fácil edificar una ciudad en el aire que constituir un estado sin Dios. Sólo el *deber*, que tiene fin y medios, y que supone al Supremo Hacedor de todas las cosas (2), puede salvar al hombre que llega á tan deplorable estado.

Entre las doctrinas que al presente preocupan por sus nuevas y pintorescas formas más de lo que debieran y merecen, descuellan especialmente la *materialista*, *naturalista* y *positivista*.

La primera asienta que todo en el mundo es relativo; el hombre un fenómeno físico dirigido por la naturaleza; la conciencia una creación arbitraria; la libertad una quimera: busca una nueva base al derecho y al deber, y la encuentra en la obligación de los unos á respetar los derechos de los otros; mas como para ella las únicas necesidades dignas de respeto son las iguales ó superiores, forma una clasificación repugnante y arbitraria: verdad es que los materialistas modernos no niegan, como los antiguos, los conceptos morales, pero el resultado es el mismo. La hipótesis de Büchner es un tejido de errores psicológicos y morales, que terminan por

negar la razón y la moral, el derecho y el *deber*.

No menos extraña y anti-racional es la segunda. Ilustres naturalistas han refutado cual se merece la monstruosa doctrina darwiniana, que supone al hombre perfeccionándose por medio de *evoluciones* de lenguaje, conciencia, etc., lo cual se opone á que nadie se ocupe de su moral, pues si sus ideas forman parte de la historia natural, el sentimiento y la inteligencia, como la idea del *deber*, se encuentran en el animal más rudimentario. Su única base cierta, puesto que no hay inferior ni superior en la obra de Dios, es el principio de continuidad, que á ser posible, no pasarían dos generaciones sin que la fuerza concluyera con el hombre, sin que una barbarie sábia ó civilizada destruyera lo que el progreso ha acumulado al través de los siglos en bien de la humanidad.

El *Positivismo* dice: «Los orígenes orgánicos de la moral se encuentran en la trama de la sustancia viva esparcida por el cuerpo, urdimbre que produce la nutrición y trasmite la generación; á la primera necesidad se refiere el amor de sí, á la segunda el *altruismo* ó amor de otros; ambos amores forman la moral que es vária según los individuos y las épocas; el primero es un egoísmo depurado, el segundo tiene un valor superior, pues supone dos términos: el yo sacrificándose al no yo.» Al preferir, cual pretende, las virtudes *altruistas* á las egoístas, la dignidad personal y los *deberes* para consigo mismo desaparecerían, los para con el prójimo descansarían en el amor... y para no insistir más si la justicia procedé del instinto de sexualidad transformado, y sin justicia no se concibe sociedad ni familia, hay que convenir en que al negar M. Comte el derecho y el *deber* rechaza y niega enteramente la moral.

Debiera completar estas brevísimas indicaciones, citando otras importantes doctrinas, y aún las opiniones particulares de los más renombrados moralistas contemporáneos (1); mas para el objeto propuesto creo bastará lo dicho, una vez que las condiciones de mi discurso y mi escasa inteligencia no me permiten más. Nuevo motivo para esa doble indulgencia que solicito, y que no dudo alcanzar generosamente.

II.

En realidad, el espíritu se abruma y desfallece ante la infinita variedad de sistemas, teorías, hipótesis y opiniones, cuyo principal objeto es el resolver los más arduos problemas que constituyen el

(1) Franck. *Philosophie et Religion*. Paris, un vol. en 8.º

(2) Montaigne. *Essais*, lib. II, cap. 2.

(1) Entre las más notables clasificaciones puede consultarse al efecto como una de las más concisas y filosóficas la de M. Matter en sus obras *La morale ou philosophie des mœurs*, P. 1860, un V. y *L'histoire des doctrines morales et politiques de trois derniers siècles*. P. 1859, un v. in 8.º

fondo de la moral, y en primer término el del *deber*, como el más importante de todos; problemas que forman el magnífico espectáculo de la ciencia filosófica, tan combatida por unos por ser contraria á los principios religiosos, como destinada por otros á permanecer estacionada é inmóvil, ó calificada por los ménos de inútil é imposible, opiniones que en su conjunto acaban por considerarla como el tormento del alma ó el fatal escollo en que tropiezan, y han de tropezar en lo porvenir, los esfuerzos y trabajos del hombre que anhelante va en pos de la verdad y el bien.

Pero la verdadera y sana filosofía, léjos de oponerse á la verdad religiosa, la demuestra y confirma: su comun y primordial objeto es el bien y la verdad absoluta. Los sabios más eminentes han tenido siempre el imperioso presentimiento de su profunda y misteriosa union, los más ilustres padres de la Iglesia han proclamado esta gran verdad, y los envidiables trabajos de los Muret y Lacordaire, de los Balmes y Perujo, de Graty y otros muchos, convienen: «en que profesando los dogmas esenciales »y queridos, y viendo cuán fácilmente concuerdan »con ellos los datos de la ciencia, causan admiración cómo ha podido creerse que unos y otros fueran incompatibles (1).»

Su pretendida inutilidad é impotencia en la solución de las cuestiones más graves y árdidas no es bastante para afirmar que jamás podrá salvarse el escollo en que han tropezado los más grandes genios; y ménos para demandar que deba borrarse del catálogo de las ciencias; pues como dice y prueba un eminente filósofo «todos los sabios, al ocuparse de esa ciencia imposible, tuvieron la convicción de que sus problemas eran solubles, si bien malos los medios empleados, y procuraron reformarles; no lo han logrado, pero no por eso debe desesperarse; por espacio de muchos siglos los problemas físicos han sido objeto de sistemas que al disputarse el triunfo, reaparecían tan poderosos como impotentes, hasta que Galileo y Bacon descubrieron y fijaron el verdadero método. Si pues las ciencias naturales no le han encontrado hasta hace unos 300 años, ¿por qué desesperar de la filosofía y sus problemas? ¿Por qué rechazar la ciencia que al confesar carece de método propio reconoce la causa de su impotencia actual?» (2)

Es cierto que en la actualidad se discuten y meditan como siempre todos los problemas sociales, que hay sabios como Taine, que solo ven en la conciencia un puro mecanismo, y en la virtud un producto físico cual el azúcar ó el cacao, y otros como

el célebre Renan que consideran al pensamiento inofensivo; que hoy, en una palabra, se reproducen los torpes, ridículos ó absurdos errores de tiempos que pasaron, pero ellos son causa, al ménos ocasional, para defender la sana moral; esa moral que al afirmar contra todos sus enemigos la *libertad* y el *deber* sostiene la teoría de la voluntad que le realiza y de la inteligencia que le da su principio. Los sistemas, pues, que allegan una sola piedra á tan magnífico edificio serán siempre útiles, interesantes y nuevos, porque el porvenir, segun una frase del Evangelio, parece reservado á *nuevos sabios* (1).

Lo dicho demuestra claramente el por qué las escuelas al ocuparse de la idea del *deber* cada una la entiende y explica bajo distinto criterio; su misma definición, por ejemplo, lo confirma, pues á reproducir cuantas se conocen, haría interminable este discurso sin que se llegara á concebir siquiera ese prurito en definirla, pues idea intuitiva y necesaria explica ó describe, pero lógicamente hablando, no se define; lo que ese afán ofrece á la reflexión, en esta como en las demás ideas primarias, es un espectáculo interesante, proporcionando oportuna ocasión á filósofos y juristas para revelar al mundo la fuerza y alcance de sus vigorosos talentos, pero nada más. Idea divina, la razón la contempla grabada en el alma cual la vista contempla un objeto á la clara luz del mediodía.

Lo mismo sucede tratándose de conocer su natural principio; la especulación filosófica, de suyo tan compleja é inarmónica, multiplica á veces las dificultades y contradicciones de tal manera que llega á ser difícil, por no decir imposible, el referido conocimiento; procuraré, sin embargo, hacer un rápido exámen metafísico de la naturaleza y destino humano, y, aunque imperfectamente, acaso pueda fijar la esencia y caracteres del *deber* de una manera clara y evidente.

La imperfección de nuestra inteligencia y las exigencias del método han creado propiedades, potencias, fuerzas y facultades en el alma, pero *una en sí misma* aspira á la verdad y al bien como esencias de su inteligencia y voluntad. El *deber*, esfera de acción en que se agita el ser para realizar su objeto, exige el previo conocimiento de la idea de *bien* (2), que unida á la de ser determina el *bienestar* como fin ulterior de la vida.

Su principio fundamental da cumplida satisfacción á todos los fenómenos morales, funda las ideas de su género y reúne los caracteres que los sabios le reconocen: «sol de los espíritus que no se pone nunca, claridad que está por encima de la vida ter-

(1) Jouffroy: *Nonveaux melanges philosophiques*. Paris un v. in 8.º, p.º 6.

(2) Caro: *L'idea de Dieu*, P. un v. in 8.º cap. VIII.

(1) *Adhuc multa habeo vobis dicere; sed non potestis portare modo*. S. Juan, cap. XVI, § 1, v. 12.

(2) Elias. *Novísimo tratado de filosofía del Derecho*, M. 1874, un v. 4.º p.º 206.

restre» (1), es *sui generis*, universal, inmutable, necesario, absoluto, perfecto y constante, no admite coacción ni privilegio, ni puede derogarse ó caer en desuso; y la conciencia al aperebirle se eleva, siquiera sea de un modo incompleto, al conocimiento de su autor; y la facultad intuitiva al contemplarle siente la necesidad de detenerse ante el principio y fin de todo lo que existe en realidad y potencia.

Y en efecto, el bien en sí es Dios mismo, la voluntad divina, infinita como su inteligencia, quiere necesariamente el bien absoluto; el acto que le realiza es necesario y libre, y esto sea dicho con perdón de Descartes, Okkan, Moshein y otros filósofos notables.

Si, pues, el *bien de Dios* es la esencia divina, si en tanto que es sustancia del bien é independiente es bien *absoluto*, si considerado como distinto, y el primero en el orden de los bienes, es bien *supremo*, si como término que debe realizarse es causa final, el *soberano bien del hombre*, que entre todos los seres es el único que puede conocer á su criador, consiste en realizar este ideal para llegar á su posesión como principio y fin de su destino y vida; ella es su más constante y sublime misión; siempre queriendo, siempre aspirando á verdades más altas, á bienes más superiores, natural y lógico es que bajo la influencia del bien absoluto los realice, pues si este es regla de la voluntad divina, el bien humanamente considerado tiene que ser la regla de la voluntad humana.

Así se concibe y explica perfectamente por qué el hombre fué hecho á imagen y semejanza de Dios; ó por qué entre ambos existe cierta especie de similitud, amistad ó parentesco (2). Esencia *metafísica* hará el bien á no hacerse traición á sí mismo, y como por otro lado este se impone de tal modo á su voluntad que si alguna vez puede resistirle nunca destruirle, es para él una regla ó ley con iguales caracteres á los del primer principio: universal, absoluta, necesaria, eterna, aunque de evidencia objetiva, pues el espíritu no la crea, y si al aperebir-la afecta una especie de carácter subjetivo, ella misma le concreta porque los seres no pueden menos de tener reglas análogas á su propia naturaleza.

Los sabios todos al proclamar, con estas ó las otras palabras, verdades tan sublimes, coinciden en una fórmula, divina en su fondo é idéntica en su forma: *et diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo ex tota mente tua, et ex tota virtute... diliges pro-*

(1) *Inter bonos viros ac deos amititia est conciliante virtus. Amititiam dico? immo etiam necessitudo et similitudo.* Sen. de Prov. 1.

(2) Fenelon: (*Euvres philosophiques*, un v. in 8.º P. ed. Charpentier ó Didot.

ximum tuum tanquam te ipsum, mandamientos (1) de la ley de Dios que ya se encuentran en el antiguo testamento, (2) y si el siguiente no, *y te amarás á tí mismo*, es porque, como dice San Ambrosio, hubiera sido inútil que Dios mandase por una ley especial la observancia de este deber. Sabía que el hombre jamás había de olvidarse de él (3).

¡Oh! ¡cuán sublime y armónica se ofrece á la inteligencia la mútua conformidad entre la religión y la ciencia! imagen ambas de la verdad si difieren porque la una propone é impone la doctrina en nombre de Dios, y la otra se esfuerza por establecerla, lógicamente convienen y se confunden puesto que su objeto primario y necesario es regular los deberes del hombre en esta vida á fin de que se prepare mejor para la otra.

Debemos, sí, hacer el bien porque el *bien existe*, su existencia no se concibe sin concebir desde luego su fuerza obligatoria. Ciceron dice: «Existe una ley suprema, hija de la razón y conforme á la naturaleza, cuya voz nos lleva al bien y nos aleja del mal, ley que es la misma hoy que mañana, en Atenas que en Roma; perpétua, universal é invariable abraza todos los pueblos y edades, es su maestra, su reina y su dios (4).»

Nunca se ha confesado mejor la existencia de un principio racional en moral, ni proclamado más solemnemente su carácter universal y divino; la voluntad al dirigirse y conformar con él las acciones concilia lo que parece contradictorio: su relación con el principio primario y absoluto que se impone á la conciencia. La *libertad* es, pues, la base subjetiva del *deber*; el bien la objetiva; su fin y objeto lo bueno y necesario, su *noción* la más sencilla é importante entre las nociones intuitivas ó primarias que se conocen.

La ciencia conviene en que las facultades humanas se diferencian principalmente en el predominio de las unas sobre las otras, predominio que así puede ser útil como perjudicial, positivo como negativo; pero la *sensibilidad* con su séquito de instintos, apetitos y pasiones, es con frecuencia funesta en la práctica de la vida, si los instintos no pueden servir de regla, ni menos las pasiones, pues aunque realizan grandes y heroicos hechos, su fin es el astío, su naturaleza la exaltación ó envilecimiento, su norma el capricho, es cierto que, aun considerando tanto á los unos como á las otras cual meros auxiliares, necesitan de un director, el mis-

(1) S. Marc. Cap. xiii; S. Math. Cap. xiii; S. Luc. Cap. vi.

(2) Tobías: Cap. iv, § II.

(3) Desjardins: *Les devoirs*. Essais sur la morale de Ciceron. Un v. in 8.º pág. 48.

(4) Cita de Bortaloue en su sermón sobre la caridad del prójimo.

mo de la vida, el *deber*, único que puede combatirles, resistirles ó anonadarles en el alma (1).

Como también lo es que si la *inteligencia* con sus percepciones y memoria, con su *loca de la casa* y su razón, puede dar una dirección errónea ó perjudicial á sus dos hermanas, extraviándolas y extraviándose y dando al malvado la sagacidad y las armas del sábio, al concebir la idea y naturaleza del *deber*, influye sobre la voluntad que le realiza y sobre la sensibilidad que le hace eficaz y duradero. La ciencia habituada á demostrar la verdad, podrá engañarse, ser impotente, delirar, pero el género humano ni duda ni se engaña porque admite las leyes que dirigen el pensamiento, las que gobiernan sus acciones, y con facilidad sigue ó acepta hasta lo inexplicable para ella.

Cierto que si la *voluntad* como fuerza directa puede ejercer una influencia perjudicial, ó que si en algún caso el uso de la libertad, que es su medio, no su fin, realiza en vez del bien injustos designios ó mezquinos y despreciables intereses, como el *medio existe*, por serias y profundas que sean las objeciones físicas, psicológicas, teológicas é históricas que se le hagan, la libertad como el carácter se determinan por su sumisión á la razón, y en la energía que lucha por el *deber y el derecho* (2). Combatirla ó negarla es combatir ó negar la obra maestra de la creación, y el más pontentoso de los potentos divinos (3). *Deber y libertad* son palabras correlativas; ésta el gran medio para poder llegar á la realización de aquel: «si soy libre, y puedo obedecer la ley, *debo* obedecerla.» (4)

Y en verdad el hombre ni puede ni debe olvidar que en el simultáneo desenvolvimiento y equilibrio de sus facultades, que producen la perfección del alma, es en donde aparece con todo su brillo y esplendor la influencia é importancia del *deber*, y que por tanto el mayor y *más grande deber* del espíritu consiste en perfeccionarse incesantemente en la *sabiduría, bondad y amor*, ó en la plena armonía de toda su esencia para que esas cualidades sean las virtudes permanentes de su vida.

DOMINGO ALCALDE PRIETO,

Catedrático de la Facultad de derecho
de la Universidad de Zaragoza.

(Concluirá.)

(1) Bautain. *La philosophie morale*, un v. in. 8.º

(2) Ferraz. *De la psychologie de S. Agustin*. Un v. in 8.º p.º 418.

(3) Donoso Cortés. *Ensayo sobre el catolicismo, liberalismo y socialismo*. Colección de sus obras.

(4) Oudot. *Conscience et science du devoir*. 2 v. in 4.º p.º 27.

PEDRO PABLO RUBENS.

Por donde quiera haya penetrado un rayo del arte divino, han celebrado en el año de 1877 el tercer centenario del fastuoso pintor *Pedro Pablo Rubens*, el Shakspeare de la pintura; el artista eminentemente dramático; el pintor de la acción, del movimiento fuerte, de la hazaña; el pintor de la vida á todo precio, hasta el de la belleza; el amante de las formas colosales; el representante de la verdad sensual; el apóstol de la carne; el espejo claro de la naturaleza; el Miguel Angel atrevido del color; el mayor pintor del Norte germánico; el hombre nobilísimo; el creador más fecundo de todos los pintores del orbe; el que tiene el estilo más característico y cuyos cuadros son el adorno así del Museo del Prado de Madrid como de las galerías de Londres, Paris, San Petersburgo y Viena, las más valiosas joyas de las iglesias y palacios de Italia, las perlas más preciadas de las colecciones de las ciudades alemanas y belgas. Así el Norte como el Mediodía exclaman paseando en triunfo su memoria: «¡Era nuestro y nuestro es!» pues sus creaciones son la expresión más cumplida del ideal de belleza de su tiempo, del ideal que impulsaba la vida espiritual de España, Italia, Francia, Inglaterra y de los Países-Bajos, y en todos aquellos países su genio se levantaba en centenares de lienzos altares inmortales.

Lo mismo que el cuarto centenario de Miguel Angel que Florencia festejó en 1875, el centenario de *Rubens* es una fiesta á la vez nacional para sus paisanos, los alemanes y los flamencos, é internacional para todos los artistas y todos los aficionados á las bellas artes del mundo culto. *Rubens*, ese hijo del Renacimiento que reanimaba el nativo realismo llevándolo al crisol del grandioso arte italiano, tiene la universalidad de los Miguel Angel, Leonardo de Vinci y Rafael, y universal como su arte eran también su ilustración y su juicio crítico: así como estando ante su caballete mandaba leyese delante de él trozos de Plutarco ó de Séneca, pues su espíritu ilustrado quería estar en contacto permanente con la antigüedad, sabía expresar sus pensamientos no sólo en flamenco y latin, sino también en castellano, italiano, frances é inglés. Las artes que no cultivaba las comprendía al ménos, y era á la par artista, conocedor, coleccionista y Mecenas generoso, pareciéndose su taller á un museo. Trabajaba cual ciudadano, y se divertía despues con ejercicios caballerescos: era á la vez un héroe del arte y el príncipe de los caballeros. Trataba á los reyes con la misma seguridad, con la misma dignidad varonil con que entre los ciudadanos de Amberes era un ciudadano honrado, entre los artistas un compa-

ñero queridísimo, entre sus discípulos un maestro respetado, en su casa un esposo y padre amantísimo, en su castillo de Steen un señor y dueño noble; y los sabios, con los cuales mantenía correspondencias vivísimas, habían de considerarle como su igual. Por doquier estaba en las alturas de la vida, y tomaba parte en todo lo grande que llenaba su época. Conocía todas las escuelas de Pintura, pero no imitaba ninguna, aceptando lo extranjero sólo en cuanto pudo convertirlo en su propia carne y sangre. Salieron de su mano maestra más de 1.400 lienzos, algunos de ellos de tamaño colosal, y si para terminarlos se servía de oficiales ó de artistas, los obligaba á guardar sus intenciones, y de la obra ejecutada por ellos sabía hacer su creacion propia sólo por la labor de pocos dias. Tan poderosos eran su genio y su carácter, que conquistaba y subyugaba enteramente á sus discípulos, y el delicado Van Dyck, el arrebatado Jordaens, el vigoroso Snyders, mientras estuvieron en el taller de Rubens, pintaron como si ellos á su maestro le hubiesen tomado de la mano la paleta.

Todo en él es vigoroso, verdadero, alegre: los elementos de su arte son la pasión y el afecto; su principio es el realismo; sus obras representan la plenitud de la salud, la claridad del sentimiento, la armonía de la aparición, respirando aquella alegría que encantaba á Winckelmann en las creaciones helénicas. Acechaba la naturaleza en todas sus esferas, y daba nuevos impulsos á la pintura de paisaje y de costumbres y á la cacería. Lo pintaba todo, lo sagrado y lo profano, lo mitológico y lo eclesiástico, la vida de los hombres y la de los animales, la acción y la quietud, lo grandioso y lo gracioso, siendo ajeno sólo á lo sentimental. Aunque fuese del todo cosmopolita, jamás dejaba de ser flamenco, hijo de aquella vigorosa y genuina estirpe de la Alemania baja, y su estilo artístico señaló una nueva era del espíritu flamenco. Creaba figuras semejantes á los compatriotas que le rodeaban, pero sacándolas de su propia personalidad vigorosa las daba una pulsación más poderosa. Sobresalía de todos los otros pintores por lo dramático de su arte, por la animación de sus grupos, reinando en sus composiciones en vez del ritmo de las líneas el ritmo de las masas: la luz y las masas las repartía, no según las leyes de la armonía graciosa, sino según las exigencias de la acción, que representaba siempre en su punto culminante. No tenía lo místico de Murillo, sino que en sus obras y en sus cartas hay un aliento pagano, á pesar de ser su autor buen católico. Sus figuras tienen una existencia divina como los faunos y sátiros griegos, y son tan sanas y armónicas como éstas. Y si ya Miguel Angel se atrevía á poblar el cielo cristiano de figuras olímpicas representando á Dios como si fuese otro Júpiter, Rubens

daba á las mujeres santas no sólo una sensualidad vigorosa, sino que las prestaba un carácter flamenco, y lo mismo que Shakspeare, se sumergía así en lo trágico como en lo humorístico, pintando la figura de Sileno semejante á la de Falstaff que produjo la imaginación prodigiosa del vate inglés. Añádase á eso aquel colorido que con su fréscura luminosa, con su claridad peregrina encanta el corazón y embriaga el alma como la música de Mozart, mostrándonos un inimitable tono amarillento en la carne de los hombres y un encarnado suave en las mujeres rubias. Hay tanta vida en sus lienzos, que Guido Reni exclamaba asombrado: «¿Mezcla ese pintor sangre á sus colores?»

En la cuna de Rubens sentábase junto con las Musas y las Gracias la Fortuna, imprimiendo un beso ardiente en la frente del niño. Gracias á aquella diosa, pasaba por la tierra lo mismo que Goethe como un bienaventurado é igual de los dioses: el genio que ardia en él, haciendo de sus obras revelaciones de lo grande que pueda crear el hombre, derramaba sus rayos también sobre su aparición exterior, y la magia de su personalidad forzaba á los grandes de la tierra á rendirle homenajes. La alegría que presta un encanto singular á sus composiciones, penetraba también al artista, y la imagen de su vida, que hoy miramos transfigurada por la distancia de tres centurias, tiene, como sus cuadros, la fuerza de producir en los que la contemplan un optimismo sano y alegre.

Tres ciudades se disputaron la honra de haber nacido su cuna: Amberes, Colonia y Siegen; Amberes, porque la carta de hidalguía que Carlos I de Inglaterra expidió en su honor, le llama «*ex urbe Antverpiæ oriundum*»; Colonia, porque el mismo Rubens escribió en una carta suya del 25 de Julio de 1637: «Amo á la ciudad de Colonia, porque allí fui educado hasta el décimo año de mi vida,» y porque en la obra de Egidio Gelenio *De admiranda sacra et civili magnitudine Coloniae*, que salió en 1645, es decir, cinco años después de la muerte de Rubens, está señalada hasta la casa en que el gran pintor nació en Colonia. Pero el mismo archivero de esta ciudad, el doctor Ennen, que en 1861 (1) defendió las pretensiones de su patria contra el archivero de los Países-Bajos Mr. Bakhui-zen van den Brink, que en su opúsculo *Het huwelyk van Willem van Oranje met Anna van Saxon, historisch-kritisch onder zocht*, Amsterdam, 1853, (Inquisición histórico-crítica acerca del matrimonio de Guillermo de Oranje y Ana de Sajonia), llamaba á Siegen la patria de Rubens, debía reconocer la superioridad de las pretensiones de aquella población

(1) Véase *La ciudad natal de Pedro Pablo Rubens*, por el doctor Ennen: Colonia, 1861.

después de publicados nuevos documentos por el profesor Spiess en el folleto XX de los *Anales de la Sociedad de Historia del bajo Rin*.

En Siegen, esa Belén de un príncipe del arte, colocó el 25 de Junio de 1833 en sus Casas Consistoriales, como ciudad natal de Rubens, una tabla de bronce en honor del á quien la sábia Alemania toda ha declarado ser hijo de aquella población que ántes pertenecía á Nassau, y Colonia ha de contentarse con la gloria de haberle visto crecer en sus muros y de poseer el testamento preciosísimo de su mano maestra, la *Crucifixion de San Pedro*.

Consta que la madre de Rubens estaba á mediados de Junio de 1577 en Siegen, y si Pedro Pablo vino al mundo el 25 de Junio del mismo año, no es probable que su madre abandonase á su familia pocos días ántes del nacimiento del niño para parir en Colonia en casa ajena y entre gentes extrañas.

El padre de Pedro Pablo, Juan Rubens, á quien la Universidad de Roma *La Sapienza* graduó de doctor en leyes, fué en 1562 regidor de Amberes. Se casó con la bella y virtuosa María Piepeling ó Piepelinx, pero tildado de calvinista y perseguido por el duque de Alba por tal concepto, huyó con su esposa y sus cuatro hijos á Colonia, donde conocia á la princesa Ana de Sajonia, hija del Elector Mauricio y esposa de Guillermo de Oranje. Se hizo su abogado y la visitó también en Siegen. Bien pronto sospechó el vulgo un amor criminal entre el abogado y la dama, vulnerando la honra de un marido ausente sólo por hallarse al frente del ejército que combatía por la independencia de la patria. Indignado el príncipe Juan de Nassau, hermano del de Oranje, mandó capturar á Juan Rubens, que fué encerrado en el castillo de Dillenburgo, donde esperaba la muerte. Á un mismo tiempo supo la virtuosa María la infidelidad y la prision de su marido, y deshecha en llanto dirigióle aquella carta inmortal, modelo de fidelidad, en que, al enviarle su perdón, le recordaba los años felices de su amor y le enviaba los besos y recuerdos de sus hijos. La carta concluía con estas palabras: «No vuelvas á escribirme: tu esposo indigno, pues todo lo perdona tu leal esposa María.» Durante la prision fué el ángel de la guarda de su marido, y no descansó hasta ver apartada de su cabeza la espada con que le amenazaba la Carolina, ley penal de los alemanes. El 10 de Mayo de 1573, qué día tan primaveral para María! consiguió que se abriesen las puertas de la cárcel en que estaba sepultado su esposo, y trasladó con éste su residencia á Siegen, donde debería permanecer, teniendo su casa por cárcel. Muerta en Dresde su cómplice Ana de Sajonia, que después de haber confesado su culpa, tuvo que abandonar á Siegen, fué por fin puesto en libertad en 15 de Mayo de 1578. Desde Siegen, donde Juan había

vivido como en una cárcel, siquiera ésta fuese amenizada por el amor de su generosa mujer y la compañía de sus inocentes hijos, el matrimonio volvió á Colonia, fijando su residencia en la *Sternengasse*, núm. 10, en la antigua casa patricia que el letrero grabado en 1822 en una tabla de bronce llama aún hoy «la mansion en que nació Pedro Pablo Rubens.» El amor inagotable é ilimitado de María continuó cubriendo con un velo densísimo la culpa de su marido: para ella, que le había perdonado no sólo con los labios, sino con el corazón, no existía aquel adulterio, y para que nadie lo conociese, no llamaba jamás como ciudad natal de Pedro Pablo la ciudad de Siegen, teatro de aquellos tristes sucesos, y hasta en el epitafio que ella dedicó á la memoria de su esposo, que después de haber vuelto al gremio de la Iglesia católica, murió en Colonia en 1587, siendo enterrado en la iglesia de San Pedro, que más tarde se hizo célebre por el portentoso lienzo de nuestro Pedro Pablo Rubens, puso una mentira piadosa, diciendo que ella vivía durante veintiseis años en el matrimonio más feliz, sin que Juan jamás la hubiese dado motivo á quejarse de él, y diez y nueve años en Colonia. Pero á la verdad, cinco de aquellos diez y nueve años, la familia de Rubens los había pasado en Siegen, y en nuestros días los archivos han revelado los secretos que María trataba de cubrir con silencio eterno.

En 1588 la viuda de Rubens regresó con sus hijos á Amberes, donde se la restituyeron sus bienes confiscados y donde Pedro Pablo, que á Colonia le debía su primera enseñanza, continuó su instrucción intelectual en la escuela de jesuitas, aprendiendo allí el latín y aquella ilustración que le proporcionaba después un lugar tan distinguido en la sociedad. Terminados sus estudios, entró como paje en casa de la condesa Lalaing; pero sintiéndose atraído más á la pintura, trocó la casa de aquella señora por el taller del paisista Tobías Verhaegt, y de éste pasó al taller del atrevido dibujante y colorista eminente Adan van Noort, cuya instrucción gozó durante cuatro años. Otros tantos los pasó en casa del ilustrado Othon van Veen, uno de los pintores más reputados de aquel tiempo. Este fué respecto á Rubens lo que los Marlowe y Green á Shakspeare, que los oscurecía á todos. Siendo ya un maestro en el arte, y en su apostura é ilustración un caballero cumplido, el jóven Rubens salió en Mayo de 1600 para la Canaan del arte, Italia, que en el siglo XVI ejercía una gran influencia sobre los artistas flamencos, así como en el precedente el arte italiano lo fecundaba la escuela de Flandes, que se preciaba de Huberto van Eyck, cuya tabla del altar mayor de Gante nos recuerda la *Divina Comedia* del Dante; y del pintor de cuadros idílicos de la Virgen, Juan van Eyck; de Rogério van der Weyden, de Juan Memling y de Quentin

Massys, en que se confundía la energía de Rogerio van der Weyden y la delicadeza de Memling.

En Venecia admiró Rubens la sencillez noble del Ticiano y copió algunos de sus cuadros; pero aún más simpática le fué la alegría que ostentan los lienzos de Pablo Veronés. En Mántua conoció los frescos de un artista congenial, Julio Romano, y en la Ciudad Eterna vió con asombro las figuras sublimes de Rafael y la fuerza titánica de Miguel Angel, sintiéndose atraído aún más hácia el naturalismo ilimitado de Caravaggio. Pero su espíritu culto apreciaba también las obras maestras de la antigüedad. Entró al servicio de un amante de la poesía y de las bellas artes, el duque Vicente Gonzaga de Mántua, pero éste admiró en Rubens más la ilustración que el genio de artista, encargándole solo de copias. Le mandó en 1603 á la corte de España para ofrecer al rey Felipe III una cantidad de cuadros. Rubens pintó al duque de Lerma, y volvió en 1604 á Mántua; conoció la belleza pictórica de los palacios de Génova, la Escuela de pintura de Bolonia, y dedicóse al estudio de la *Cena* de Leonardo da Vinci, que se encuentra en Milan. Hubiera continuado al servicio del ilustrado duque de Mántua, si en 1609 no le hubiese llamado á Amberes la noticia de que estaba enferma su madre querida; pero llegó tarde; no la encontró ya entre los vivos: vió apartada de su existencia la luz de su esperanza protectora: había descendido al sepulcro la cuya mirada era una parte de su alma; la cuyo amor es cual ningún otro amor trasunto fiel del paraíso, pasión indefinible; venturoso ensueño que al corazón cautiva y lo engrandece. ¡Pobre madre! no pudo despertar la de su eterna y grata bienandanza la acongojada voz de su hijo; no pudo levantarla de la helada tumba á ser dichosa y bendecida; y llevando Rubens el peso del dolor, retiróse en la soledad del convento de San Miguel para refrescar con su llanto la memoria jamás desvanecida de su dulce madre.

Otra vez le llamaba el Sur, que, á pesar de todos sus encantos y de su fuerza mágica, había dejado íntegra la vigorosa individualidad, la fisonomía nacional del pintor flamenco, cuando los regentes de los Países-Bajos, el archiduque Alberto de Austria y su esposa Isabel, hija de Felipe II de España, le fijaron para siempre á la patria, nombrándole en 23 de Setiembre de 1609 pintor de la corte. Aceptó ese título con la condición de que le fuese permitido residir en Amberes, centro del arte de Flandes, y no en Bruselas, residencia de los regentes. Y más aun que los favores de estos, le fijaban á la patria los ojos de una hermosa mujer, la amable Isabel Brant, con quien se casó en 13 de Octubre de 1609. Dos años después edificó en Amberes aquella casa magnífica que fué el museo en que guardaba sus obras del arte, sus estatuas antiguas, sus bustos y relie-

ves, sus vasos preciosos y sus medallas, y en que por las tardes reunía en torno suyo un círculo escogido de sabios, estadistas y artistas.

Entonces levantábase su arte cual gigante ante los ojos asombrados de sus contemporáneos, y sobre sus creaciones flotaba aún el aliento del noble arte italiano. Uno de los primeros lienzos de que le encargó el archiduque Alberto, fué el famoso cuadro que pintó para la cofradía de San Ildefonso, representando la Virgen, que, rodeada de cuatro santas y de ángeles, ofrece una casulla magnífica á San Ildefonso, mientras en las alas del cuadro están de rodillas los archiduques Alberto é Isabel. Aquel cuadro lo guarda hoy el Belvedere de Viena. Otros lienzos peregrinos son la *Erección de la Cruz* y el *Descendimiento*, esas representaciones verdaderamente dramáticas que se admiran en la catedral de Amberes. En el tríptico que representa el *Descendimiento*, el cadáver del Señor forma el centro de la composición, derrámase sobre él la luz, y todos están ocupados de la acción, de modo que por el trabajo está enfrenado por un rato el dolor de su alma: le falta tiempo al mismo San Juan para lamentaciones patéticas, y hasta las santas mujeres levantan sus manos para dedicarse á la obra del descendimiento. Por aquel cuadro grandioso, hecho en el espacio de veinticinco días, el pintor recibió la suma de 2.500 florines. Un año después pintó en trece días la *Adoración de los Reyes*, que existe en el Louvre. Cada día en que trabajaba le proporcionó 100 florines (1); y podía decirse que en los colores había encontrado la piedra filosofal.

Eternizó la memoria de su esposa y la suya retratando á ella y á sí propio sentados en una enramada de madreselva. Aquel cuadro se ve hoy en la Pinacoteca de Munich. Al período de 1610 á 1620 en que nacieron sus creaciones más sublimes, pertenece también el cuadro famoso *La Crucifixión*, que se ve en el Museo de Amberes. Es imponente por su movimiento enérgico y su expresión profunda. Véase á Santa Magdalena estremecerse por la lanzada que hiere al santo cuerpo y levantar las manos involuntariamente como si quisiese reparar el daño que hizo la lanza. Pero al lado de aquel rasgo de interés véase una escena horrible: uno de los verdugos rompe con su maza la canilla de uno de los ladrones, y éste, atormentado por el dolor más cruel, libra su pié del clavo y lo extiende palpitando en el aire. En aquella escena horrible pagaba Rubens un tributo al gusto de su siglo, siglo de pasión, de guerra y de crueldad.

¿Quién pudiera coleccionar las flores que forman la corona de los triunfos artísticos del rey de los pintores flamencos? ¿Qué copia de episodios dramá-

(1) Un florin equivale á ocho reales y medio.

ticos, qué pasión, qué color tan brillante, qué ejecución espiritual hay en la peregrina *Batalla de Amazonas* que existe en la Pinacoteca de Munich!

Rubens adornó la iglesia de los jesuitas de Amberes con 39 retablos, y la galería del Luxemburgo de París, el palacio de María de Medici, viuda de Enrique IV, con 21 cuadros, que ostentando una mezcla de figuras reales y de figuras alegóricas y mitológicas se encuentran hoy en el Louvre. No se limitaba su actividad á crear maravillas del arte, sino que la regente Isabel, cuyo consorte habia muerto en 1621, le pidió su consejo hasta en la política, y le mandó en 1627 como embajador á Holanda, y en el año siguiente á la corte de Felipe IV. Rubens retrató á los reyes de España, y fué obsequiado por estos lo mismo que por Carlos I de Inglaterra que le armó caballero. Seis años se dedicó á negocios políticos por amor á su patria, pero una ofensa de parte del duque de Aremberg le movió á retirarse en 1633 de la diplomacia para consagrarse enteramente al arte.

Quien quiera conocer la actividad diplomática de Rubens, ha de estudiar la notable obra que Mr. Gachard publicó en 1877 en Bruselas: *Historia política y diplomática de Pedro Pablo Rubens*. A nuestro pintor le albergaba durante su estancia en Madrid el palacio real, donde casi cada día el rey Felipe IV visitaba al artista, cuyo retrato, representando á aquel rey á caballo, fué cantado por el Fénix de los ingenios, Lope de Vega. Rubens, que con sus cuadros tan ricos de movimiento y colorido, tan fogosos y ardientes de ejecución, recogió en Madrid frutos de oro, movió al joven pintor Diego Velázquez de Silva á salir para Italia.

En 1625 perdió su mujer, que habia dado á luz dos hijos, y que habia prestado su rostro á las virgenes de su marido. Los encantos de esta los debió volver Rubens á encontrar en otra mujer querida.

Si bellísimas eran la primavera y el estío de su vida, hermoso fué también el otoño. Contando ya 53 años de edad, enlazóse con una joven de 16 Añiles, la simpática hija de la hermana de su primera mujer, la hermosa Elena Fourment, que se complacía en ver su belleza pasar á la posteridad y en servir de modelo á su esposo. Aquella rosada mujer, ideal de la belleza, la pintó no ménos que diez y nueve veces, ora cual ninfa, ora cual virgen, y los dos lienzos en que miramos juntos á Rubens y á Elena, existiendo el uno en Blenheim, el otro en la Pinacoteca de Munich, nos cuentan la historia de una felicidad suma.

Entre los cuadros más célebres de Rubens, mencionaré también á su colosal *Juicio final* que se encuentra en Munich. ¿Quién no conoce su cuadro lleno de vida *El Rapto de Proserpina*, y su lienzo lleno de gracia tranquila *Perseo y Andromeda*, aque-

llas composiciones con que se enorgullece el Museo de Madrid? El gran hijo de Siegen y el ciudadano de Amberes, fué á la vez el predecesor y maestro más cumplido de la pintura de género, de la cual el arte neerlandés hizo despues su objeto favorito. No hay ningun cuadro más gracioso que *El huerto de amor* que existe en Madrid, precediendo á las creaciones semejantes de Terborch, Metz, Netscher, Watteau, Boucher y van Loo. En aquel lienzo lleno de donaire, á los elegantes caballeros y á las señoras en traje español, se asocian dioses del amor, niños juguetones que están echando á la hermosa mujer en los brazos de su galán. Rubens representaba también la vida vulgar, por ejemplo, en la célebre *Feria* del Louvre, que por lo atrevido de la pintura deja atrás todo lo que en el mismo género creaban Teniers y otros. Entusiasta de las representaciones de la pasión y de la lucha, su genio las buscaba hasta en el mundo de los animales. No hay nada más dramático que su *Caza de leones* en Munich.

¿Qué escala tan rica de expresión hay en sus paisajes! Los grandes pintores como Juan van Eyck, Alberto Durero, Juan Holbein, Leonardo da Vinci, Rafael y Ticiano, fueron también retratistas eminentes. No ménos lo fué Rubens, cuyos retratos respiran una verdad peregrina, un esplendor alegre, una gracia aristocrática. Uno de los más excelentes es el denominado *Chapeau de paille* (la doncella del sombrero de paja) que se admira en la Galería Nacional de Londres. No hablaré de los bosquejos alegóricos que por encargo de la ciudad de Amberes trazó para los arcos triunfales en honor de la entrada solemne del infante Fernando, sino que diré que Colonia, que se precia de poseer la Basílica grandiosa, afrenta del error, de la fe encantada, de las creaciones góticas modelo, guarda también en el altar mayor de la iglesia de San Pedro uno de los cuadros más prodigiosos de Rubens, la *Crucifixion de San Pedro*, que pintó en 1636 por encargo de un rico aficionado á las bellas artes, Mr. Jabach, ciudadano de Colonia. Como documentos preciosos del espíritu noble, libre é independiente del pintor, apreciaremos sus *cartas* que ostentan al sabio profundo, al arqueólogo erudito, al político de miras elevadas, al patriota ardiente.

En 1635 compró el magnífico castillo de Steen, situado cerca de Malines y rodeado de un parque. Allí pasaba los veranos.

Murió millonario. El 30 de Mayo de 1640 se extinguió aquella vida creadora de tantas obras siempre admiradas, de cuadros tantos, maravilla de verdad; cerráronse aquellos hermosos ojos dotados de la bienaventuranza de ver al mundo en el esplendor más rico de color y de alegría; murió el pintor á quien sus contemporáneos dispensaron un afecto tan entrañable como no interrumpido; el artista

cuyo estilo no pereció con su siglo, sino que continúa dominando al arte moderno; el pintor eminente que confundía del modo más sublime el Renacimiento italiano con el espíritu germánico; el artista honrado que demostró por su vida pura que el genio para su vuelo más alto, no necesita de la atmósfera de la liviandad.

Duerme el sueño tranquilo de la muerte él cuyas creencias son exuberantes de vida y de fuego. La ciencia y las artes, en union con la admiracion y la amistad, concurrían á tributar el último homenaje al que por sus méritos como artista y como hombre se hizo digno de su sin par felicidad en la tierra. La última morada la encontró en la iglesia de San Jacobo de Amberes, en la tumba hereditaria de la familia de su mujer. Poco tiempo despues anejaron al coro de dicha iglesia una capilla en que áun hoy descansan los restos mortales del gran pintor.

Pretendiendo ser su ciudad natal, *Amberes* se ha lanzado á festejar el tercer centenario de su nacimiento, dedicando al recuerdo del ilustre pintor la feria de Agosto de 1877. Así como alcanzaron una fama europea las ferias españolas, las ferias magníficas de Sevilla, Valencia, Barcelona, Valladolid, esos dias de contento para todas las clases sociales, conocidas tambien son las ferias neerlandesas, y especialmente la de Amberes. Lo que fué la en que celebró aquella ciudad opulenta el centenario de su hijo predilecto, digalo *La Epoca* del 21 de Agosto de 1877:

«Al cortejo ordinario de las flores, banderas, arcos de triunfo, juegos y concursos de todo género se han agregado un Congreso artístico, una Exposicion de las obras de Rubens, y grabados, dibujos y objetos á ellas referentes, una Exposicion agrícola, la apertura de la casa editorial Plantin, que ha formado un Museo con los recuerdos atesorados en tres siglos de ser foco del movimiento intelectual de su país, una procesion histórica, suntuosísima, con cinco grandes carros alegóricos, y una ejecucion de noche sobre la plaza pública de un himno á Rubens, compuesto por Benoit, director del Conservatorio de Amberes, letra de Geyter, el mejor poeta flamenco y que arrebató á las 30.000 personas que lo oyeron: comenzado por una melodía simpática que interrumpieron las trompetas desde lo alto de la torre de la catedral entre la oscuridad y silencio de la noche y con acompañamiento de las campanas simulando la llamada y vuelo del genio á los espacios del ideal, seguido por varios aires viriles intercalados de coros de niños, mujeres y ancianos en número de mil, y concluido con un coro general á que acompañaban descargas de artillería apostada sobre el Escalda y en comunicacion telegráfica con el jefe de orquesta, el público aplaudió el final, que se repitió tres veces, cantando la últi-

TOMO X.

ma todo el pueblo en una sola voz el coro gigante en que las 30.000 personas elevaban con el mismo delirante fervor el canto de inmensa gloria al hombre cuyo genio era festejado.

Rubens presidia en estatua este momento de delirio; fué erigido en busto al día siguiente en la sala de la Academia, y su efigie fué paseada en soberbia carroza por todas las calles de la ciudad entre antorchas, luminarias, arcos de triunfo y vítores que lo aclamaban.»

Late el pecho con vivo anhelo á aquel relato del entusiasmo con que Amberes solemnizó el recuerdo de uno de los hombres que más han contribuido á embellecer la estancia de sus hermanos en la tierra. Para condensar en una sola comparacion lo que fué Rubens, cuyo busto decora la *Walhalla* lo mismo que el de su discípulo Van-Dyck, diré: que hay dos géneros de diamantes, los unos son blancos y poseen la más bella refraccion; los otros son amarillos, pero alcanzan un tamaño mayor. A los blancos compararé los Durero y los Goethe, como representantes de la armonía cumplida ante la fuerza y la belleza; y á los amarillos se parecen los que representan el vigor sobrenatural: los Shakspeare y los *Rubens*.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 5 de Octubre de 1877.

EL LAUREL DE VIRGILIO

DRAMA EN UN ACTO.

PERSONAJES.

LEONOR.	ASCANIO.
ROLLA (escultor).	TEBALDEO.
STÉFANO.	UN PAJE.
MIGUEL ANGEL.	UN ENVIADO DEL GRAN DUQUE.
EL MARQUÉS APPIANI.	LA NODRIZA DE LEONOR.
MANUEL.	

Acompañamiento del marqués, grandes y gentes del pueblo.

La accion en Florencia, á mediados del siglo XVI.

Taller de escultor.—A la derecha un tablado de gradas, en cuyo centro hay una gran estatua que aparece cubierta por una ancha cortina.—Puerta al fondo, y otra á la izquierda.—Estatuas, mármoles, etc., y una mesa sobre la cual se ven varios dibujos.

ESCENA PRIMERA.

ROLLA, dormido al pié de las gradas del tablado, y ASCANIO, MANUEL y TEBALDEO, que entran por el fondo.

MANUEL. Vedle dormido.

ASCANIO. ¡Ah, perezoso!

TEBALDEO. ¡Y qué pálido está!

ASCANIO. Habrá pasado la noche en alguna orgía.



TEBALDEO. ¡Bah! Demasiado sabeis que nuestro pariente es más frío que sus estatuas.

MANUEL. Tal vez haya estado trabajando hasta muy tarde...

TEBALDEO. Pues qué, ¿se ocupa en algo?

ASCANIO. En morir de hambre.

MANUEL. ¿Y dónde está su hermano, ese picarillo con el que os mostrais tan severo desde que hizo vuestra caricatura?

TEBALDEO. ¿Creeis que no se ha atrevido también á hacer la vuestra?

MANUEL. ¡Oh! Bien sé que á nadie respeta...

ASCANIO. ¡Silencio! Ya se despierta nuestro primo.

ROLLA. (Soñando.) ¡Miguel Angel! ¡Miguel Angel!...

Yo también soy escultor... (Los tres amigos lanzan una carcajada, y Rolla se despierta diciendo:) ¿Quiénes sois? ¿Qué me queréis?

TEBALDEO. Somos los más entusiasmados admiradores de tu talento.

ASCANIO. Y venimos á que nos concedas el honor de besar tus plantas...

ROLLA. Dejad á un lado la ironía, y tened presente, para otra vez, que turbar el sueño de un desdichado es cometer un crimen, es robarle la felicidad que solo en sueños disfruta.

TEBALDEO. Buen modo tienes de recibir á tus amigos.

ROLLA. Jamás os he dado ese nombre.

TEBALDEO. ¿Negarás que somos parientes, por tu madre?

ROLLA. ¡Oh, parientes de mi madre, que la abandonaron y la han dejado morir en la miseria!

MANUEL. Advierte que ella misma habia renunciado á su familia, casándose con un genovés y cambiando de patria...

ASCANIO. Justamente. Mas no hablemos de eso... Ahora solo se trata de tí...

TEBALDEO. Y de tu hermano Stéfano, por quien los tres nos interesamos.

ASCANIO. Sigue, pues, nuestros consejos, y abandona el cincel.

TEBALDEO. Renuncia á un arte que apenas te da para comer, y nosotros te proporcionaremos los medios de hacerte rico... Mas ¿qué ruido es ese?

ASCANIO. (Asomándose á la puerta del fondo.) Es el pregón anunciando que hoy á las cuatro se cierra el concurso mandado celebrar por el gran Duque para la ejecucion de una estatua de Santa Cecilia, y que se ha invitado á Miguel Angel Buonarotti á que venga á formar parte del tribunal.

MANUEL. ¿Cómo, teniendo noticia de ese concurso, no has intentado presentar alguna obra?

TEBALDEO. ¿Quién sabe? Es muy capaz de tener una Santa Cecilia oculta bajo esa cortina encarnada.

ASCANIO. Pues que se apresure á mandarla.

TEBALDEO. Veámosla ántes nosotros. (Adelantándose á descórrer la cortina.)

ROLLA. (Deteniéndole.) En verdad, señores parientes, que estais abusando de mi paciencia. Respetad lo que oculta esa cortina, ó no respondo de contenerme...

TEBALDEO. ¡Nos amenaza! ¡Oh! no se jactará de habernos intimidado. Adelante, señores...

ROLLA. (Cogiendo un martillo y levantándolo sobre Tebaldeo, que es el que se halla más próximo.) ¡Miserables!

(En este momento entra Stéfano y detiene á su hermano colocándose entre él y sus parientes.)

ESCENA II.

DICHOS.—STÉFANO.

STÉFANO. ¿Qué ocurre, qué motiva esta querrela? ¡Oh! No es Rolla, seguramente, quien os ha provocado. ¿A qué venís á buscarle? ¿Para sorprender sus secretos?

TEBALDEO. No; para impedir que te haga participar por más tiempo de su miseria... para que no te pierda como él se ha perdido... Pronto tendrás un nuevo tutor.

STÉFANO. ¿Qué oigo? ¿Queréis separarme de mi hermano?

ASCANIO. Desde ahora puedes irte preparando á dejarle. (Vanse Ascanio y Tebaldeo por el fondo.)

ESCENA III.

ROLLA.—STÉFANO.—MANUEL.

STÉFANO. ¿Es cierto, Rolla, que intentan separarnos?

ROLLA. Nada temas.

MANUEL. Yo impediré que llegue ese caso, pues lejos de combatir la resolucion de Rolla, voy á hacer algunas gestiones para proporcionarle trabajo... El marqués Appiani, que es muy amigo de mi protector, está en visperas de casarse, y ha mandado hacer el modelo de un palacio que quiere ofrecer á su futura como regalo de boda. El encargado de hacerlo es Julio Bramante, y yo procuraré que te recomienden á él.

STÉFANO. Podeis decir que no será la primera vez que mi hermano se ocupe en esos trabajos, porque igual encargo le hizo en Génova el senador Andrea Costa; y tan satisfecho quedó de él y tanto afecto nos cobró, que á no haberse visto obligado á emigrar, ni á Rolla le hubiese faltado nunca trabajo y proteccion, ni hubiéramos tenido que abandonar nuestra patria.

MANUEL. ¿Segun eso, conocéis al senador Andrea Costa?...

STÉFANO. ¡Ya lo creo! y á su hija también. Por cierto, Rolla, que nunca me hablas de ella; y eres un ingrato en haberte olvidado tan pronto de la com-

pañera de mi infancia y de tu juventud, que es tan buena como hermosa.

MANUEL. Pues precisamente la hija del senador Andrea Costa es la futura esposa del marqués Appiani.

STÉFANO. ¿Acaso está en Florencia?

MANUEL. Hace ya un año.

STÉFANO. ¡El mismo tiempo que nosotros! ¡Oyes, Rolla?

ROLLA. Lo sabía.

STÉFANO. ¿Y no has ido á verlos?

ROLLA. No.

STÉFANO. ¡Ah! Pero el día de su casamiento iremos á rogar á Dios que la haga dichosa... ¿No es verdad?

ROLLA. ¡Yo!...

MANUEL. Cualquiera creería que esa noticia te disgusta.

ROLLA. ¿Por qué? Después de todo, no creo que sea cierta...

MANUEL. Sí, sí; yo lo aseguro.

ROLLA. Permíteme que lo dude... Pero, en fin, aunque fuese verdad, ¿debo, en conciencia, felicitar á un hombre que sólo me ha dispensado beneficios, por el casamiento de su hija con el marqués Appiani?

MANUEL. El marqués es noble como un príncipe y rico como un cardenal... Es uno de los favoritos del gran Duque.

ROLLA. Dí más bien que es su espía, y que se alaba de ello... Y para completar su elogio, puedes añadir que aún no se ha olvidado en Florencia la prematura muerte de su primera esposa.

MANUEL. ¿Te atreverías á imputarle un crimen?

ROLLA. No solo se mata con el puñal ó el veneno...

MANUEL. Advierte, Rolla, que Florencia no es ya una república, y que el gran Duque desea que su naciente poder infunda á todos el mayor respeto...

Cuenta, pues, con lo que hablas. Por otra parte, el marqués Appiani es un decidido protector de los artistas, y yo puedo hacer que te recomienden á él.

ROLLA. ¡Oh! no; ¡preferiría morir de hambre!

MANUEL. Bien, allá tú... Mas ten presente lo que te profetizo: tu inflexible orgullo te perderá. (Vase por el fondo.)

ESCENA IV.

ROLLA.—STÉFANO.

STÉFANO. ¡Orgullosa, porque nada le pides!...

ROLLA. ¿Qué me importa?

STÉFANO. ¿Has almorzado?

ROLLA. No tengo ganas.

STÉFANO. Entonces retírate á descansar.

ROLLA. Tampoco tengo ya sueño.

STÉFANO. ¿Cómo que no, y has estado trábajando

toda la noche? Pero ahora que me acuerdo, ¿á qué obedecía el empeño de nuestros señores primos en descorrer esa cortina? ¡Pues no abrigaban pocas pretensiones! Con que yo que soy tu hermano y tu confidente no sé aún lo que ahí se oculta... Me figuro que será una estatua, porque ví traer el mármol... Pero como no has dado un solo martillazo en mi presencia...

ROLLA. (Cogiendo de un rincón una pequeña estatua.) Toma, Stéfano, ve á casa de Salomon Dorcas, el mercader de antigüedades, á ver si quiere quedarse con esa estatua.

STÉFANO. ¡Ah! este es sin duda el fruto de tu trabajo nocturno. ¡Un San Pedro!... ¡Qué bien está! ¡Te acuerdas de las esculturas góticas que adornan el coro de Nuestra Señora en Génova? Cualquiera diría que este San Pedro es una de ellas.

ROLLA. He procurado imitarlas.

STÉFANO. ¡Ah! Si tú presentaras una obra en ese concurso... ¿qué ocasión pierdes! ¡Estoy seguro de que ganabas la corona!

ROLLA. Bien; déjame...

STÉFANO. (Está visto que nada puedo averiguar.) Pues voy á casa de Salomon, y vuelvo en seguida.

ROLLA. No te apresures por el dinero; guárdalo y vé á pasar el día con tu maestro...

STÉFANO. Pronto juzgarás de mis adelantos. (¿Qué significa este empeño de estar solo?)

(Vase por el fondo y Rolla cierra tras él la puerta.)

ESCENA V.

ROLLA.

¡También él me habla del concurso! Es indudable que voy á dejar escapar una magnífica ocasión; pero no soy dueño de mi obra. Por otra parte, aún le falta algo... ese endiablado brazo... ¡Oh! Hay artistas á quienes el destino condena á luchar siempre en vano contra la oscuridad y la desgracia... y acaso yo soy uno de esos desdichados... ¡Sueños ardientes de mi juventud, demonios tentadores que habeis hecho resonar en mi oído las palabras de «levántate y anda...» esperanzas de trabajo, ilusiones de porvenir, fiebre de gloria, ¿me habeis engañado? (Se sienta con aire pensativo.—La puerta de la izquierda se abre bruscamente y entran dos mujeres envueltas en sus mantos.—Rolla sale á su encuentro.)

ESCENA VI.

ROLLA.—LEONOR, y la nodriza de ésta.

LEONOR. ¡Ah! Rolla, al fin os veo...

ROLLA. ¿Sois vos, Leonor?...

LEONOR. ¡Silencio! ¿No ois el rumor de pasos que se alejan?

ROLLA. No.

LEONOR. (A su nodriza.) Escucha, Ginebra... Colócate junto á esa puerta, y ten cuidado...

(Se retira la nodriza d jando entreabierto la puerta.)

ROLLA. ¿Qué ha ocurrido para tenerme un mes sin veros? ¡Un mes que me ha parecido un siglo!

LEONOR. Ha estado mi padre enfermo, y no he podido alejarme de su lecho ni un instante. Hoy, por fin, he hallado ocasion... Mas al atravesar esa calle, desierta siempre por el mal paso que ofrecen las ruinas del palacio Lorenzo, me ha parecido distinguir una sombra que me seguía...

ROLLA. Nada temais; no es probable que os hayan reconocido, ni creo que nadie tenga por qué espiaros.

LEONOR. Desde nuestra última entrevista, no sé qué vago temor se ha apoderado de mi espíritu que á todas horas me atormenta. Creo que mi padre sospecha algo, y si así fuera...

ROLLA. Estabais perdida, ¿no es cierto?

LEONOR. Sin duda.

ROLLA. Entónces, ¿por qué venís? ¿á qué empeñaros más en un amor que os ofrece tal peligro? Bien sé que no estamos ya en Génova; que el destino ha dispersado vuestra familia, y que las persecuciones han destruido vuestra fortuna. Pero aún se levantan entre nosotros, como insuperable barrera, las preocupaciones de raza, y sería una locura olvidarlo. Cualquiera que sea la posicion que yo alcance, jamás podré satisfacer el orgullo de un patricio genovés que cuenta más de un Dux entre sus antepasados... ¡Ah! todavía estamos á tiempo... desligad vuestra suerte de la mia... yo os devolveré el anillo que cambiamos en un momento de loca esperanza... Dejadme seguir solo mi camino, y olvidadme.

LEONOR. ¿Qué decís? ¡Imposible!

ROLLA. Más imposible es que yo viva, viendo cuán desgraciada os hace mi cariño.

LEONOR. ¿Y en qué os fundais para creerlo así? ¿En que os manifesto cierta inquietud? Más cruel os mostrais vos tratando de destruir mis esperanzas. ¿Por qué no ha de consentir mi padre en nuestra union? Ya no es el rico senador Andrea Costa, poseedor de tres palacios en Génova y dueño de una inmensa fortuna, sino un pobre y proscrito anciano. Hoy, Rolla, sois más rico que él, puesto que teneis porvenir.

ROLLA. Pues bien; aún á riesgo de que volvais á llamarme cruel, os lo diré todo... No son vanos los temores que abrigais... Vuestro padre quiere casaros, y el marido que os destina es el marqués Appiani.

LEONOR. ¡Cielos!

ROLLA. Todo el mundo lo sabe ya en Florencia, y todos aprueban la eleccion... Es noble, rico, favorito del gran Duque... No hace mucho que aquí

el mismo me lo aseguraban... ¡Oh! hubiera podido adivinarlo por el odio que, sin conocerle, me inspira.

LEONOR. Ciertamente es que el marqués va á nuestra casa con frecuencia; pero ¿cómo ha de llevar esa intencion, si hace más de un año que se proyectó su enlace con una de las hijas del príncipe Colonna?

ROLLA. ¿Estais segura?

LEONOR. Segurísima. Mas poco importaría en todo caso... Porque ántes que dar mi mano á otro hombre, ántes que verme obligada á seros infiel, sabría ir á llorar mi desventura al fondo de un claustro. Dios sabe cuán puro es nuestro amor... Nunca tendré por qué avergonzarme de confesarlo... Y cuando llegue hasta mi retiro el rumor de vuestros triunfos, cuando yo oiga elogiar vuestras obras y glorificar vuestro nombre, me diré con orgullo: ¡Yo he sido la primera en comprenderle y adivinar su talento, la primera mujer á quien él concedió su amor!

ROLLA. ¡Oh! la primera y la única, Leonor mia! ¡Bendita seas! Tu voz me inspira y me consuela... Ignoro lo que el destino me tiene reservado; mas contando con tu amor, alentado por la esperanza de merecerte, ¿qué obstáculos habrá que yo no venza?

LEONOR. ¿En qué estado se encuentra la estatua?

ROLLA. ¡Oh! mucho he trabajado desde que no nos vemos... Però no me hables de mi trabajo cuando yo sólo pienso en tu amor. ¿A qué ocuparse de la copia teniendo delante el original?

LEONOR. Segun eso, ¿no la presentas al concurso?...

ROLLA. Pues qué, ¿has pensado?...

LEONOR. Ciertamente.

ROLLA. ¿Y has podido creer que yo, al hacerla, tratara de otra cosa que de proporcionarme tu retrato? No; al emprender tan grata obra, sólo se hablaba del concurso mandado abrir por el gran Duque... sólo el nombre de Santa Cecilia bullia en la mente de los artistas... Y hé aquí por qué te he convertido en esa santa. Me acordaba de Génova, de aquel alegre mirador donde te ví por vez primera, y bajo el cual te oí otras muchas, ebrio de amor, embelesado, loco, arrancar al arpa sonidos menos dulces y armoniosos que los de tu voz, y quise perpetuar en el mármol el más encantador de mis recuerdos... Però ahí está, bajo esa cortina, como en un santuario, y jamás saldrá de ahí. Yo no soy admitido en los círculos que tú frecuentas, donde sólo los nobles, los grandes, los favorecidos por la fortuna, tienen el privilegio de contemplar tu rostro sin velo; y presentar tu retrato en esa estatua, sería hacer público nuestro amor, sería decir á todo el mundo: ella ha venido á mi casa.

LEONOR. ¡Es verdad!

ROLLA. Y cuando tantos obstáculos se oponen á nuestra dicha, cuando muy pronto quizá voy á perderte, ni por la gloria de Miguel Angel consentiría en desprenderme de esa estatua. ¿Que sería de mí sin tí y sin ella? ¡Oh! no te rías de mi locura... Pero, sea porque la considero como mi primera obra, ó sea porque el amor me hace ver en ella tu espléndida hermosura, quiero á esa estatua, no como artista, sino como amante... Los griegos, nuestros maestros en el arte, nos ofrecen sublimes verdades en sus fábulas... y la de Pigmalion encierra mi historia. Nunca, estando al lado de mi estatua, he creído hallarme solo... y hoy que ya está casi acabada, hoy que ya tiene la apariencia de la realidad, tiemblo ante ella del mismo modo que ante tí. Tiene en el brazo con que sujeta la lira una ligera imperfección, que fácilmente se podría corregir... Pues no me atrevo á empuñar el cincel... me parece que la estatua palpita y gime bajo el peso del martillo, y que á sus golpes va la sangre á brotar...!

LEONOR. ¿Tengo, pues, una rival?

ROLLA. No, una hermana.

LEONOR. Déjame verla. (Dando un paso hácia la estatua.)

ROLLA. Espera... Vas á encontrar en ella tantos defectos como bellezas yo imagino... Además, aún no está concluida... En fin, no te acerques, no eres tú quien debe descubrirla... no conviene presentar la verdad tan inmediata á la ilusión, la naturaleza tan cerca del arte, la vida tan próxima á la muerte.

LEONOR. Desconfías demasiado de tu talento.

ROLLA. Bien, juzga tú... (Descorre la cortina.)

LEONOR. ¡Ah! (Momento de silencio.)

ROLLA. ¿Qué?... (Momento de silencio.)

LEONOR. Que es preciso que esta estatua vaya al concurso, que hay que mandarla ahora mismo, sin perder instante...

ROLLA. Pero Leonor...

LEONOR. Jamás me perdonaría el ser la causa de que esta obra maestra quedase ignorada. Es necesario que se conozca, es necesario que triunfes, aunque para lograrlo tenga yo que arrostrar la cólera de mi padre y me vea envuelta en la deshonra!

ROLLA. ¡Obtener yo la gloria á costa de tu honor! ¡Eso, nunca!

LEONOR. ¡Oh! no sé lo que me digo, ya lo ves... Tu amor, querido Rolla, podría halagar á una reina... ¿Qué hablabas de ilusión? Esto es realidad. ¿Dónde está la muerte? No, aquí hay vida... Tenías razón; respira, siente, ya á hablar... ¡Ah, Rolla, Rolla; yo seré digna de tí, te lo prometo!... ¡Mi padre tiene ya fuerzas para oirme, y yo sabré tenerlas para hablarle!

ROLLA. Pues que él decida... espero el fallo. Mas advierte que si se opone á la publicidad de la estatua, ningun poder humano la hará salir de mi taller.

LEONOR. Consentirá, yo te respondo... Fía en mí, que sabré morir, ó llevaré tu nombre. (Vase precipitadamente por la izquierda.)

ROLLA. Fiar puedo en su amor, mas no en su elogio... ¿Qué distinto será acaso el juicio del público!

STÉFANO (Desde fuera.) Abre, Rolla... soy yo.

ROLLA. ¡La voz de Stéfano! (Corre la cortina de la estatua, y se dirige á abrir la puerta.)

ESCENA VII.

ROLLA. — STÉFANO.

STÉFANO. ¡Ya estabas encerrado! ¡Ay, hermano, cuánto he corrido!

ROLLA. ¿Cómo vuelves tan pronto? ¿No ibas á pasar el día con tu maestro?

STÉFANO. No me riñas. Mira... (Echa sobre la mesa un puñado de monedas.)

ROLLA. ¿Qué significa eso?

STÉFANO. Que somos ricos. Ya ves... ¡doce ducados!

ROLLA. ¿Quién te ha dado tanto dinero?

STÉFANO. No me lo han dado.

ROLLA. ¿Pues como...?

STÉFANO. Es que he vendido en muy buen precio tu San Pedro.

ROLLA. ¿Acaso ese tunante de Salomon...?

STÉFANO. Sí, sí; en seguida iba él á soltar doce ducados de un golpe! Es una historia ménos sorprendente. Figúrate que al salir de aquí se me ocurrió dar un vistazo á las primeras obras presentadas al concurso... Como la exposicion se verifica en el palacio Appiani, y está cerca, no me causaba mucha estorsion... En fin, entré... acababan de abrir, y sólo me habian precedido dos personas; un jóven muy elegante y un caballero de barba blanca. Me uní á ellos para examinar las obras, y observé que el viejo en todas encontraba algo que censurar...

ROLLA. ¿Qué decía?

STÉFANO. ¡Oh! las trataba con mucha severidad... Su compañero no hacia más que murmurar: «Sin embargo... no obstante...» Pero nada, nunca daba una razon. De pronto, cuando nos hallábamos delante de la mejor estatua, exclamó el viejo:—¡Ah! que trabajo tan bonito! — Y al decir esto, me dió una palmadita en la espalda. Yo, creyendo que me preguntaba mi opinion, contesté al punto:—En efecto, no es mala obra.—¿Y á dónde la llevas? replicó él. — Señor, repuse, á pesar de vuestros años, se conoce que gastais buen humor. ¿Cómo quereis que pueda yo con una estatua de mármol de tamaño natural?—No, hombre; no

me refiero á la Santa Cecilia, sino al San Pedro de madera que teneis en la mano.—¡Ah! ya; pues lo llevo á vender.—Yo te lo compro, ¿quieres?—¿Por qué no?—Entonces cogió en sus manos la estatua, y dirigiéndose á su compañero añadió en voz alta:—Mirad, señor marqués... encargado como estais por el gran Duque de la direccion de sus museos y de reunir en ellos buenas obras de todas épocas, debéis quedaros con ésta; es de los mejores tiempos del arte gótico... sin duda procede de alguna antigua capilla.—El llamado marqués la examinó algun tiempo, y me preguntó cuánto queria por ella; á lo cual respondí yo, conteniendo la risa:—Señores, ni quiero que se me pueda acusar de haber cometido un sacrilegio, ni mi honradez me permite engañar á nadie... Mi San Pedro no es tan viejo como creéis, ni mucho ménos; hará dos horas á lo sumo que ha salido de las manos de su autor; es una imitacion.—El jóven se echó á reir, y el otro dijo con acento de mal humor:—Es verdad, ahora veo que es una imitacion; pero es igual, el que la ha hecho tiene talento. ¿Cómo se llama?—Yo contesté que era un secreto... No insistió el viejo... Me dió el jóven su bolsa... la tomé haciendo una ceremonia y sin detenerme á ver su contenido... y héme aquí.

ROLLA. Aquella bagatela no valia doce ducados.

STÉFANO. ¿Y qué...? ¿Debí rehusar lo que me daban?

ROLLA. Eso, no. (¡Ah! la ansiedad me devorá... No

puedo estar quieto... necesito aire... Además

no conviene perder tiempo, por si acaso... Iré á

encargar el aparejo y á prevenir á los mozos.

Aún tardaré en recibir la contestacion de Leonor)

y puedo ir tambien á ver las obras presentadas....

(Coge algunas monedas.)

STÉFANO. ¿Tomas dinero?

ROLLA. La mitad. El éxito del San Pedro es un presagio feliz.

STÉFANO. ¿Para el de Santa Cecilia?

ROLLA. Tal vez. (Váse.)

ESCENA VIII.

STÉFANO, solo.

¡Ah! no me habia equivocado; esa cortina oculta

una Santa Cecilia. Mas, ¿por qué tanto secreto?

Por orgullo, sin duda, por temor á un desengaño...

Si se ha decidido á llevar su obra á la exposicion,

confianza debe tener en el triunfo. Sin embargo,

nada terminante ha dicho... ¿Quién sabe si

mudará de propósito? Haga el cielo que no desista...

Pero alguien llega. ¡Calle! Son los que vi

en la exposicion!

ESCENA IX.

STÉFANO.—EL MARQUÉS APPIANI.—MIGUEL ANGEL.

MIGUEL. Buenos dias.

STÉFANO. Bienvenidos, señores. ¿Cómo habeis podido averiguar...?

MIGUEL. Por el anticuario Salomon.

STÉFANO. (¡Viejo indiscreto!...)

EL MARQUÉS. Confesad, amigo, que no os perdonais la equivocacion. Que yo incurriera en ella, pase; pero vos...

MIGUEL. ¿Está el dueño de la casa?

STÉFANO. ¿Cuál?

MIGUEL. El artista.

STÉFANO. Como somos dos... Pero, en fin, el que sin duda buscais, ha salido.

MIGUEL. Le esperaré.

EL MARQUÉS. ¿Olvidais que el gran Duque os aguarda?

MIGUEL. Que tenga paciéncia.

EL MARQUÉS. (Bastante se necesita para sufrir á este hombre.)

STÉFANO. Tomad asiento y perdonad si no puedo ofreceros otro más cómodo.

MIGUEL. ¿Conque tú tambien vives aqui?

STÉFANO. Con mi hermano.

MIGUEL. ¿Qué edad tiene?

STÉFANO. Veinte años.

MIGUEL. ¿Y se ocupa en obras de más importancia que la que nos has vendido?

STÉFANO. ¿De más decís?

MIGUEL. Sí, tu hermano tiene talento, y no debe perder el tiempo en bagatelas.

STÉFANO. ¡Bagatelas! ¡No deciais eso hace poco!

MIGUEL. Si él creyera lo contrario, firmaría sus obras. ¿Cómo no ha enviado una estatua al concurso de Santa Cecilia?

STÉFANO. Lo ignoro; es muy reservado y nada me ha dicho.

EL MARQUÉS. Vamos, maestro, convenid en que os habeis equivocado segunda vez. Ciertamente que la estatua de San Pedro es agradable; pero no revela ningun talento superior... Venid, pues...

MIGUEL. He dicho que no. Ese hombre ignora quizás lo que puede hacer, y quiero tener el gusto de anunciárselo. Un sólo dístico, señor marqués, basta para revelar un poeta; y un buen escultor da á conocer su mérito con un sólo golpe de cincel. ¿Quién sabe si voy á estrechar la mano de un hombre de genio? Es un placer que pocas veces se experimenta.

EL MARQUÉS. Severo estais.

MIGUEL. Jamás creí que un siglo que empezó con Rafael y Leonardo... pero más vale callar, podríais tacharme de envidioso.

EL MARQUÉS. Conozco la nobleza de vuestro carácter.

MIGUEL. Y yo á mis enemigos de Florencia; sé que me juzgan celoso de las obras ajenas... ¡Triste privilegio del artista! Recoger injurias en premio de su trabajo! El día más amargo de mi vida fué aquel en que murió ese divino genio que llevó el nombre ya ilustre de Rafael. Entré en su casa honrada con los lauros de Leon X. Junto al lecho mortuario se había colocado *La transfiguración*, esa obra maestra de la pintura, no acabada, sin duda, para hacer patente tan irreparable pérdida. Tú solo, ¡oh, Rafael, sabes las lágrimas que vertí sobre tu cadáver!... Pues bien, al salir de la estancia, observé que todas las miradas se fijaban en mí, como esperando encontrar en mi rostro alguna señal de secreta alegría; nadie creyó en la sinceridad de mi dolor!

EL MARQUÉS. Desechad esos tristes recuerdos, y no dudeis de que al volver á Florencia, despues de quince años, hallais los mismos admiradores y amigos. Quedaos aquí algun tiempo y os convencereis. ¿Qué os llama á Roma?

MIGUEL. Mis discípulos, mi trabajo... la costumbre.

EL MARQUÉS. ¡Ah! maestro Miguel, si el gran Duque oye mis ruegos, permaneceréis en Florencia, mal que os pese.

MIGUEL. Nada obtendréis de mí á la fuerza.

EL MARQUÉS. ¿Quién sabe? De todo soy capaz porque asistais á una fiesta que se prepara en mi palacio.

MIGUEL. ¿Una fiesta?

EL MARQUÉS. La de mi boda.

MIGUEL. ¡En Florencia! ¿Pues no estaba concertada con la hija menor del príncipe Colonna?

EL MARQUÉS. Era un proyecto de familia, para el cual no había sido consultado, y jamás consentiré en esa union. Me caso con la hija de un genovés proscrito por injusticias del Senado.

MIGUEL. ¿Con la hija de un proscrito? ¡Noble acción! (Se acerca á Stéfano que ha estado dibujando durante la conversacion de Miguel y el marqués.) ¿Tú también eres escultor? (A Stéfano.)

STÉFANO. Soy pintor.

MIGUEL. ¿Quién es tu maestro?

STÉFANO. Andrea Solári.

MIGUEL. ¿Y el de tu hermano?

STÉFANO. Tiene dos igualmente poderosos y admirables, como él dice: uno, la naturaleza...

MIGUEL. ¡Bravo! ¿Y el otro?

STÉFANO. Miguel Angel.

MIGUEL. ¿En qué ciudad ha estudiado sus obras?

STÉFANO. En todas partes; Miguel Angel es como el sol: ilumina y fecundiza toda la Italia. Solo en Génova carecíamos de originales.

MIGUEL. ¿Sois de allá?

STÉFANO. Sí, pero hace un año que vivimos en Florencia.

EL MARQUÉS. Génova... Florencia... ¡qué casualidad! ¿Cómo se llama tu hermano?

STÉFANO. Rolla.

EL MARQUÉS. ¡Rolla! El escultor genovés de quien me ha hablado el conde Grimari. ¡Encuentro singular! ¿Le amaré Leonor? No puedo creerlo. Volveré á verle, sin embargo.) Maestro Miguel, os dejo. Ese jóven se hace esperar demasiado, y no puedo detenerme.

MIGUEL. Adios, pues.

EL MARQUÉS. (A Stéfano.) Volveré á comprar estatuas á tu hermano. (Vase.)

ESCENA X.

STÉFANO.—MIGUEL.

MIGUEL. ¿Crees que tardará mucho?

STÉFANO. Me admira que ya no esté aquí. Se habrá detenido tal vez en la exposicion.

MIGUEL. ¿Cómo no ha hecho alguna obra para ella?

STÉFANO. ¿Quién sabe si ya está hecha!

MIGUEL. ¿Se oculta detrás de ese lienzo?

STÉFANO. ¡Lo sabiais!

MIGUEL. Lo he adivinado. Mas ¿por qué la esconde?

STÉFANO. Él lo sabrá.

MIGUEL. ¿Quiéres mucho á tu hermano?

STÉFANO. Con toda el alma.

MIGUEL. Pues por su bien, háblame con franqueza.

STÉFANO. ¡Ah! señor, es que yo nada sé, nada puedo decir...

MIGUEL. Es preciso que sepamos á qué atenernos. (Dando un paso hácia la estatua.)

STÉFANO. Imposible; me lo tiene prohibido.

MIGUEL. No sé por qué, me figuro que su obra merece el premio.

STÉFANO. Yo me atreveria á jurarlo.

MIGUEL. Le animaremos á que la presente.

STÉFANO. Decís bien.

MIGUEL. (Aproximándose á la estatua.) La cortina no corre.

STÉFANO. Esperad, yo vigilaré... (Dirigese á la puerta.)

MIGUEL. ¿Hay algun resorte?

STÉFANO. (Desde la puerta.) Sí, á la derecha, á la altura de la mano...

MIGUEL. Ya dí con él (Se descorre la cortina y Miguel contempla la estatua.) ¡Ah! ¡es una obra maestra!

STÉFANO. (Acercándose tambien.) ¡Admirable!

MIGUEL. No me había engañado.

STÉFANO. ¿Qué expresion tan celestial! Pero ¡callé! yo conozco esa cara... Sí, sí, es ella, es Leonor.

MIGUEL. (Sin escucharle.) ¡Italia! ¡Italia! ¡Este es uno de los días más hermosos de mi vida! No me extraña que la haya ocultado á la vista de todos. La luz, el aire, una mirada, podrian alterar ese frágil mármol... marchitar esa delicada flor exuberante de hermosura! ¡Ya puedes morir, viejo Miguel; tienes un sucesor! (Retrocede algunos pasos y se

lleva la mano á la frente.) ¡Ah! el brazo que sostiene la lira tiene un pequeño defecto.

STÉFANO. ¡Un defecto!

MIGUEL. En la articulacion... salta á la vista.

STÉFANO. Pues no lo veo.

MIGUEL. Alguien llega... ¿será él? (Stéfano se dirige á la puerta, y mientras, Miguel Angel coge un cincel y un mazo y corrige el defecto.)

STÉFANO. (Volviendo.) ¿Qué haceis, desdichado?

MIGUEL. Nada temas; tu hermano agradecerá mi visita.

STÉFANO. ¡Oh! Ya está aquí. (Miguel Angel vuelve á echar la cortina.)

ESCENA XI.

DICHOS.—ROLLA.

ROLLA. (Preocupado.) Deseaba la publicidad y ahora la temo.

STÉFANO. ¿Cómo has tardado tanto?

ROLLA. ¡Ah! querido Stéfano, porque he ido á ver la exposicion.

STÉFANO. ¿Y qué?...

ROLLA. Hay tan bellas obras, que he hecho bien en no concurrir...

MIGUEL. (Presentándose.) ¿Temeis acaso una derrota?

ROLLA. ¡Señor!...

STÉFANO. Es quien nos ha comprado el San Pedro.

ROLLA. En mucho le habeis estimado. ¿Me conociais de ántes?

MIGUEL. No, pero os parecis mucho á una persona de quien hablaba hace poco, y cuya muerte me hizo derramar las primeras lágrimas de mi vida.

STÉFANO. Un hijo quizás.

MIGUEL. ¡Ojalá hubiera podido darle ese nombre! Mas permitidme que no participe de vuestra opinion respecto á las estatuas del concurso. La mejor me parece mala.

ROLLA. Para apreciar bien los trabajos de un artista, comprender su pensamiento y hacer justicia á sus esfuerzos, se necesita...

MIGUEL. Ser artista, no lo niego. A vuestra edad lo era yo tambien. ¿Quereis darme la mano, hermano mio?

ROLLA. De todo corazon... Pero ¿quién sois?...

MIGUEL. Un vecino de Roma. (Váase.)

ESCENA XII.

ROLLA.—STÉFANO.

ROLLA. ¡Un vecino de Roma!

STÉFANO. Eso ha dicho.

ROLLA. ¿Y qué me importa? Escucha, Stéfano; necesito salir de la incertidumbre en que estoy... He hecho una santa Cecilia. Vas á verla... Prescinde del afecto que me tienes, y dime imparcialmente qué te parece. Tu juicio puede decidirme.

STÉFANO. (¡Dios mio! Va á conocer lo que ha hecho el otro.)

ROLLA. Prométeme, sin embargo, no hablar á nadie del secreto que vas á descubrir.

STÉFANO. Te lo prometo, pero...

ROLLA. Ven, ven y dime si el brazo que sostiene la lira... (Descorre la cortina.) ¡Cielos! ¿qué miro? Stéfano, ese hombre... ha visto la estatua...

STÉFANO. (Turbado.) Dijo que era por tu bien...

ROLLA. Y ha corregido su imperfeccion...

STÉFANO. No lo pude impedir.

ROLLA. ¡Ah! Es Miguel Angel.

STÉFANO. ¡Miguel Angel! ¿Es posible?

ROLLA. (Riendo y llorando.) Miguel Angel en mi casa... en mi casa que es ya un templo... He estrechado su mano... me ha llamado hermano suyo... Corazon, que yo te sienta... aire... me ahogo... (Cae desvanecido sobre las gradas.)

STÉFANO. Vuelve en tí, tranquilízate... Miguel Angel ha dicho que tu estatua es una obra maestra, y su juicio es el de Italia. Animo, pues, que hoy es el dia de tu triunfo.

ROLLA. ¿Quién sabe lo que sucederá! A otra emocion tan fuerte como la que acabo de sufrir, sucumbiria de seguro. ¡Dios mio! (Arrodillándose.) He pasado dias de amargura; como vos he llevado mi cruz, y como vos he caido algunas veces aniquilado... pero nunca he maldecido mi suerte... Aceptad las bendiciones de mi alma por haber cambiado hoy mi corona de espinas en corona de laureles! (Se levanta.) Y tú, participe único de mis esperanzas y de mis penas, alma generosa que me prestaba valor en mi desfallecimiento, dulce mano que enjugaba mi frente... tú, hermano mio, que has luchado conmigo, participa tambien de mi victoria... abrázame.

STÉFANO. ¡Ya eres feliz! (Abrazándole.) Sé digno de tu dicha en adelante. ¡Y yo que te acusaba de haberla olvidado! ¡Leonor, querida hermana!

ROLLA. ¿La has reconocido? Pues recuerda la promesa que me has hecho. Nuestro amor es un secreto todavia. (Corre la cortina de la estatua.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—UN PAJE.

EL PAJE. (Presentando una carta.) Para el señor Rolla.

ROLLA. ¡Ah! tú sirves al senador Andrea Costa. Esos son sus colores y sus armas. (Toma la carta, y el paje hace un signo afirmativo.)

STÉFANO. ¡Estás temblando, hermano!

ROLLA. Es que recibo con respeto el mensaje de nuestro antiguo protector. (Leyendo.) «Rolla: Mi hija me lo ha revelado todo, y con gusto consentiria en vuestra union si no tuviera un hijo que debe heredar el nombre y la fortuna de sus abuelos. Considera que casándose el marqués

»Appiani con Leonor, el gran Duque se interesará cerca de la república de Génova para que se me devuelvan mis bienes y mis honores, que son los de mi hijo. Te pido un sacrificio tan grande como el que espero de Leonor; pero confío en que tendrás presente que Lisa del Giocundo fué deshonrada cuando Leonardo de Vinci pidió á conocer su retrato. Piensa en mi vejez, y salva el honor de una familia que te ha considerado como hijo.» (Hablando.) ¡Ah! ¡Dios mio!

EL PAJE. ¿Qué respuesta debo llevar á mi señor?

ROLLA. Que mi hermano irá á dársela muy pronto.

(Váse el paje.)

STÉFANO. Esa agitacion... ¿Qué te dice el señor Andrea?

ROLLA. Que renuncie á exponer la estatua.

STÉFANO. ¡Imposible!

ROLLA. Es el retrato de su hija.

STÉFANO. Y qué, ¿no puedes haberlo hecho de memoria?

ROLLA. Vé á su casa y dile que mi obra solo á él pertenece; que su más leve indicacion bastará para hacerla desaparecer.

STÉFANO. ¡Desgraciado!

ROLLA. La dicha es la sombra de la criatura; ó va delante ó detrás de ella! Corre Stéfano...

STÉFANO. Bien. (Yo sé lo que debo hacer. Un hombre hay que puede remediarlo todo.) (Váse.)

ROLLA. ¡Leonor! ¡Leonor! ¿Para qué quiero ya la gloria, si no puedo ofrecértela? ¡Tu deber es sacrificarte, y el mio es aceptar tu sacrificio!

ESCENA XIV.

ROLLA.—EL MARQUÉS, con acompañamiento.

ROLLA. ¡Ah, señor, vos aquí! ¿Qué deseais?

EL MARQUÉS. Soy el marqués Appiani. Sé que habeis concluido una estatua para el concurso...

Miguel Angel la ha visto, y hace de ella tales elogios que el gran Duque me encarga os la pida.

ROLLA. ¿A vos?

EL MARQUÉS. Seguidme; su Alteza desea veros.

ROLLA. (¡Qué fatalidad!) ¿Y si estuviera vendida?

EL MARQUÉS. Se doblará la suma.

ROLLA. ¿Y mi palabra?

EL MARQUÉS. Toda palabra puede recogerse.

ROLLA. Por quien no estime su honra.

EL MARQUÉS. ¡Sabed que el gran Duque está dispuesto á concederos el laurel de oro!

ROLLA. Gracias; no quiero la gloria como premio de una villanía.

EL MARQUÉS. ¿Olvidais que los deseos del gran Duque son órdenes?

ROLLA. Para sus vasallos, tal vez; pero yo soy genovés.

EL MARQUÉS. En Florencia habeis esculpido vuestra estatua, y á Florencia pertenece.

ROLLA. Pues digo que no ha de ser.

EL MARQUÉS. ¿Qué razon teneis para rehusar?

ROLLA. ¿Y qué derecho teneis vos para saberla?

EL MARQUÉS. ¿Os rebelais? Emplearemos la fuerza... Señores, ahí debe estar la estatua... descorred esa cortina...

ROLLA. No, asesinad al artista sobre los restos de su obra. (Corre hácia las gradas, coge un martillo y pasa detrás de la cortina; óyese un grito de desesperacion y el ruido de un mármol que se rompe. Vuelve Rolla á la escena y deja ver la estatua hecha pedazos. La enseña al marqués y prorumpe en una risa frenética.) ¡Ahí la tienes... puedes llevarla á tu señor!

(Retrocede algunos pasos, y cae desvanecido.)

EL MARQUÉS. ¡Infeliz! ¿Qué ha hecho? ¿Qué he hecho yo? (Los acompañantes del marqués levantan á Rolla y le atienden.) Ya vuelve en sí; salgamos, no podría soportar su presencia. (Vanse todos.)

ESCENA XV.

ROLLA, solo.

¡LEONOR! ¿Dónde estoy? ¿Qué pesadilla tan horrible!

No, no... ¿qué ha pasado? ¡En vano trato de coordinar mis ideas!...

ESCENA XVI.

ROLLA.—ESTÉFANO.— En seguida MANUEL, ASCANIO y TEBALDEO.

STÉFANO. ¡Rolla, Rolla!... traigo buenas noticias...

He visto á Miguel Angel, y se lo he dicho todo... ¡Si vieras qué interes el suyo!... Ha entrado á ver al gran Duque... Tu triunfo es seguro...

TEBALDEO. Así se dice, y por eso venimos á felicitaros.

ROLLA. ¿Quiénes son esos hombres?

STÉFANO. Amigos sordos en la desgracia, y aduladores en la prosperidad.

ROLLA. Te engañas... vienen por mí... son esbirros...

STÉFANO. ¿Qué estás diciendo?

TEBALDEO. ¡Cómo nos mira! La gloria le ha trastornado.

ROLLA. Leonor ha venido...

STÉFANO. ¿Qué?

ROLLA. Y me ha mirado amorosamente... Pero como era preciso ocultarla á los ojos de todos... he cogido mi martillo y le he dado muerte.

STÉFANO. ¿A Leonor?

ROLLA. Sí, á Leonor... á Santa Cecilia... Para mi crimen no hay perdon. ¡Tan hermosa y no he tenido piedad de ella. (Conduce á Stéfano delante de la estatua. Todos exhalan un grito de dolor.)

STÉFANO. ¡Ah! ¡pobre hermano mio!
 ROLLA. Lloro, lloro... y abandóname. En mi furor, nada he respetado... sobre su tumba alzábase una estatua, y yo la he destruido... ¡Justicia divina, despierta!... ¡Castiga al amante que ha herido á su amada, al padre que ha asesinado á su hijo!... (Vuelve á caer.)

ESCENA XVII.

Dichos.—MIGUEL ANGEL.—LEONOR.—*Grandes y pueblo de Florencia.*

MIGUEL. ¡Qué has hecho, desgraciado! ¡Destruir tu obra en el momento mismo en que obtenía para tí la mano de tu adorada, y para su padre la libertad! Así lo ha prometido el gran Duque.

LEONOR. ¡Oh! Rolla, todo mi amor no será bastante para recompensar tu sacrificio... ¿Pero qué, no me reconoces?

MIGUEL. Vuelve en tí. La pérdida es inmensa, pero no irreparable. Eres joven... tú trabajarás y serás dichoso.

ROLLA. ¡Miguel Angel!... ¡Leonor!

MIGUEL. ¡Tú amigo!

LEONOR. ¡Tu esposa!

ROLLA. ¡Ah! ya os conozco... sois la dicha y la gloria... ¿Por qué llegais tan tarde?

LEONOR. No entiendo...

ROLLA. Mi sangre circula con dificultad... mis ojos se nublan!... ¡es la muerte que se acerca!... Leonor, Miguel Angel, pueblo de Florencia!... gracias por la espléndida agonía que me proporcionais... (Se oyen tres cañonazos.) Escucha, Stéfano, ese ruido anuncia al vencedor. ¿no es cierto? Pues... feliz él! (Muere.)

ESCENA XVIII.

Dichos.—UN EMISARIO del gran duque y dos pajes, uno de los cuales lleva un cogin de terciopelo sobre el que está colocado el laurel de oro.

EL EMISARIO. El gran Duque envía el laurel de oro á Rolla, y le concede un año para labrar otra estatua.

LEONOR. (Coronando á Rolla.) ¡Rolla amado, despierta!.. Es el laurel de Rafael y de Petrarca.

MIGUEL. ES EL LAUREL DE VIRGILIO: solo honrará una tumba. (Se arrodillan todos, y cae el telon.)

RICARDO DE MEDINA.

VIAJES.

LA INDIA (1).

Dignos de nuestro agradecimiento son los viajes que nos proporcionan lecturas tan instructivas y agradables como la del libro del conde Goblet d'Alviella *La India y el Himalaya*. Los viajes modernos por la península indostánica, referidos por franceses ilustrados, no son muy numerosos; los que han escrito los ingleses nos dejan siempre, á pesar de la competencia de los autores, alguna duda respecto á la imparcialidad de los juicios. En la obra de que se trata, habla un hombre que ha adquirido en otros viajes (2) la costumbre de comparar, y en el estudio la de reflexionar. Bajo todos conceptos debe inspirar confianza; y si las circunstancias particulares de su visita á las Indias del príncipe de Gales, le han hecho ver las cosas de una manera demasiado favorable; más vale, en todo caso, incurrir en los errores del optimismo que en las injusticias de la denigración.

Pero M. Goblet d'Alviella habrá sostenido prudentemente en su fiel la balanza. En lo que atañe á las costumbres, las tendencias, los progresos de los pueblos de la India, hallamos una perfecta concordancia entre su libro y las numerosas obras inglesas que hemos tenido en las manos. En cuanto al espíritu que preside á la administración, á la política inglesa en el imperio de Asia, la conformidad del cuadro con el genio moderno de Inglaterra nos garantiza la exactitud.

No estamos ya en el tiempo en que el conde de Warren podía escribir: «La compañía no ha abierto un pozo, ni un estanque, ni un canal, ni ha construido un puente, ni un camino para beneficio ó utilidad de sus súbditos indigenas... La Inglaterra ha encontrado el medio de consumir todos los tesoros de la India, sin emplear la menor parte en provecho de los pueblos que ha conquistado... Todas las carreras, todos los cargos honrosos se hallan cerrados para las clases elevadas indigenas. Las fortunas de las gentes acomodadas desaparecen sucesivamente sin reemplazarse, de suerte que, en un tiempo dado, no existirá más que una igualdad de miseria que nivelará á ciento cincuenta millones de individuos. Los Estados vasallos llegarán á disolverse en el mismo crisol... Solo quedará un pueblo de siervos, disfrutando de una libertad nominal»

(1) *La India y el Himalaya, recuerdos de viaje*, por el conde Goblet d'Alviella. Un tomo. Paris, 1877. (E. Plou y compañía.)

(2) *Sahara y Laponia*; un mes en el Sur del Atlas; un viaje al cabo Norte, por el conde E. Globet d'Alviella.



anulada por la necesidad, y sin tener otra alternativa que trabajar para el provecho exclusivo de sus señores (1).»

Ya no estamos en el tiempo en que la *Revista de Ambos Mundos* decía, sin faltar, en nuestro concepto, á la verdad: «¿Qué independencia es la de los pueblos en que las madres se ven obligadas á vender á sus hijos para no morir unas y otros de inanición? Hemos visto á una mujer cuyo padre acababa de morir de hambre, cuyo marido se hallaba agonizando, y que ella misma ofrecía el horrible aspecto de un esqueleto, proponer á unos tratantes la venta de su hija! Millares de infortunados vagan en torno de las ciudades, mendigando de los extranjeros algunos granos de arroz ó de maíz. Casi desnudos, con las mejillas hundidas, la mirada huraña, los pómulos salientes, aquellos esqueletos ambulantes tienen la vida estrictamente necesaria para sostener su estructura, casi toda huesosa. Su grito de angustia es: ¡Oh, señor! ¡me muero de hambre! ¡El vientre de este desgraciado se halla vacío! Y en sus semblantes se ve claramente la verdad de sus palabras (2).»

Mas distantes aún nos encontramos de la época de Warren Hastings y de la puramente comercial de la administracion de las Indias, «en las que era cosa admitida que los funcionarios buscaran su salario en las utilidades de sus propias transacciones.»

Desde entónces, la institucion del *Covenanted service* ha hecho reinar en las Indias la integridad administrativa; la terrible sublevacion de 1857 depuró el sistema político seguido hasta aquella fecha respecto á los indígenas, como una tempestad que purifica la atmósfera. El antiguo principio de que las colonias no existen mas que para provecho de la metrópoli, ha sufrido importantes modificaciones. Vias férreas atraviesan hoy las Indias en todas direcciones, y los naturales son los primeros en utilizarlas. El telégrafo se halla á disposicion del público indígena, lo mismo que del inglés. Hay indios revestidos del *knighthood* y del *baronetage* inglés. En Lóndres funciona una sociedad filantrópica destinada á facilitar á los jóvenes indios suficientemente instruidos su viaje á Europa, y á proporcionarles ayuda y proteccion en Inglaterra. Las escuelas mixtas se multiplican en las Indias; escuelas en las que indistintamente se enseña en sanscrito y en inglés (3). Como lo ha recordado lord Lytton, virey

(1) *La India Inglesa*, por el conde Eduardo de Warren. Paris, 1845.

(2) *Revista de Ambos Mundos*, 1842.

(3) Hemos visto á Macaulay, tan liberal como fué de principios y de sentimientos, oponerse en el Consejo de instruccion pública á que se enseñara á los indios en su lengua, y pedir que «las lenguas de Occidente hicieran en cuanto á la India lo que habian hecho respecto á Rusia, civilizando á los naturales de la Península como civiliza-

de las Indias, en una proclama reciente, los indígenas son elegibles para todos los empleos civiles, siempre que reúnan las condiciones necesarias de aptitud y moralidad. Inglaterra se ha impuesto sacrificios enormes para remediar los males del hambre en las Indias. De documentos publicados por una Revista inglesa hemos copiado un cuadro de la vida que actualmente llevan en las ciudades del Indostan las hijas y las mujeres de los *babous*, es decir, de los vecinos acomodados; y en su sincera correspondencia con los ingleses hemos visto reflejarse los sentimientos de mutua benevolencia que, entre las clases ilustradas, animan igualmente á las dos naciones.

El cuadro que el conde Goblet d'Alviela acaba de presentar ante nuestros ojos, es completamente nuevo. Dejemos á un lado nuestras impresiones de la infancia, nuestras antiguas preocupaciones; hagamos, con él, justicia á esa política romana de la Inglaterra que hace reinar entre cuatrocientos sesenta principados independientes la *pax britannica*, mientras organiza sobre las bases del derecho civil moderno á los ciento cincuenta millones de indios que le están sometidos. Admiramos el arte práctico con que el legislador inglés codifica las costumbres antiguas del país para formar como un derecho consuetudinario de la India, apéndice del derecho inglés. Comprendemos la oportunidad de esa política de alta indiferencia que hace figurar los gastos de conservacion de las pagodas en el presupuesto de la Compañía, y que induce algunas veces al gobierno inglés á exhibir él mismo á la admiracion de los fieles el diénte sagrado de Buddha (reliquia cuya posesion va unida, en el ánimo del pueblo de Ceylan, á la soberanía política), hasta que llegue el dia en que, asegurado sólidamente su poder, devuelva á los monjes buddhistas las llaves del santuario, como inútiles para lo sucesivo.

Pero si interés ofrece el libro de M. Goblet d'Alviella para los que deseen intruirse acerca de la condicion presente de la India y de sus progresos materiales y morales, no ménos satisfechos deja á los que sólo buscan entretenimiento en un relato de viajes. ¡Escenas de las *Mil y una noches* son las fiestas dadas al príncipe de Gales, en las que corren arroyos de diamantes y en las que cada convidado «alimentado» exclusivamente de trufas, bebiendo

ron á los Tártaros». (*Revista política y literaria* del 25 de Setiembre de 1875.) La enseñanza en lengua sanscrita tenía por objeto, en su tiempo, la teología, la historia, la física y la metafísica brahmánicas. Despues se ha organizado muy juiciosa y liberalmente un sistema de enseñanza de las ciencias de Europa en lengua indígena; y no deja de ser un espectáculo bastante curioso oír á los indios instruidos discutir en su lengua los sistemas de Darwin, Comte y Fourier.

solo vino de Champagne y reducido á la situacion del rey Midas, cuesta al anfitrión, el maharajah de Cachemira, 675 francos diarios! El Oriente de nuestra niñez y de nuestros sueños reaparece á nuestros ojos en ese grupo de potentados bárbaros, los más nobles de la tierra, puesto que las dinastías de algunos de ellos reinan sin interrupcion desde cerca de dos mil años, que se apiñaban en los malecones de Bombay para recibir al futuro Emperador.

«Imagínese cualquiera á todos los rajahs de la India occidental reunidos, con los funcionarios de la presidencia y las señoras de la colonia anglo-indiana, en una vasta plataforma construida en el desembarcadero. Los europeos, vestidos de uniforme, sus mujeres en traje de baile; pero ni los aderezos de éstas, ni los dorados de aquellos podian rivalizar un instante con los montes de terciopelo, seda, gasa, telas de cachemira, diamantes, esmeraldas, rubíes y perlas, que formaban, en el círculo reservado á los jefes indígenas, una verdadera guirnalda de indescriptible esplendor.

«Mi primera impresion fué un completo deslumbramiento. No distinguia más que el abigarrado conjunto de las telas y el brillo de la pedrería; poco á poco, sin embargo, fueron dibujándose ante mi vista puntos más brillantes todavía. Mi vecino me señaló, á cortos pasos de mí, un niño que se revolvia en su asiento. Su rostro bronceado, pero fino y resuelto, desaparecia á medias bajo los diamantes de su turbante y de su penacho, que terminaba con una piedra de hermosas aguas, del tamaño de un huevo de pichon. Era su Alteza el gaikwar de Baroda, á quien la destitucion de su primo Mulhar Rao habia sacado del fondo de una aldea para colocarlo en uno de los tronos más importantes de la India. Enfrente de él, vistiendo una especie de bata de seda raméada, un pantalon encarnado con franja de oro, llevando al cuello un magnifico collar de perlas, se hallaba otra Alteza de catorce años, el joven maharajah del Mysoro. Junto al gaikwar, un hombre de cierta edad, vestido todo de blanco, con una cimitarra en vaina de terciopelo y un escudo al brazo, representaba al maharajah de Oudeyporo, descendiente de los reyes de Oude, que florecian cuatro siglos ántes de nuestra era. El lugar inmediato estaba ocupado por un personaje cubierto de oro, de la cabeza á los piés: era el rao de Cutch, un antiguo nido de piratas que se ha civilizado hasta el punto de sostener treinta y dos escuelas elementales con más de tres mil discípulos. Pero el personaje que más llamaba la atencion, era, enfrente del rao, un hombre de aspecto pensativo, mirada profunda, vestido con una hopalanda de terciopelo negro, cinturón de oro, birrete blanco, sin otro adorno que el cordon azul de gran comendador de la orden de la Estrella de la India. Se trataba simplemente de un

ministro: era sir Salar Jung; pero representaba á su señor el Nizam, el más poderoso de los príncipes indígenas. El, por su parte, está reputado como el hombre de Estado más perfecto de la India actual.»

Un pintor en busca de asuntos podria hallar en los *Recuerdos de viaje* de M. Goblet d'Alviella veinte cuadros completos que el talento descriptivo del escritor solo dejaria al artista el trabajo de reproducir. Uno seria, por ejemplo, una boda india, ofreciendo el espectáculo de doscientas mujeres agrupadas en una cámara interior, vestidas de gasa de todos colores, con franjas de oro y plata, teniendo delante platillos formados con hojas de higuera é incesantemente llenos por los sirvientes desnudos hasta la cintura que cruzan por todos lados con fuentes de arroz y dulces. Otro seria la visita del autor á sir Jamisetji Jijibhoy, un Parsi veinte veces millonario, nombrado baronet por la reina, que recibe al extranjero «patriarcalmente sentado al pié de una higuera baniana, al lado de su mujer, cuyas orejas ostentan unos diamantes que podrian tener el valor de una provincia.» Otro representaria una soirée en los jardines de sir Felipe Wodehose, gobernador de la Presidencia de Bombay, en la que se verian «reunidos personajes pertenecientes á todas las razas y á todas las sectas, desde el obispo católico hasta el gran sacerdote del fuego y del iman de la mezquita-catedral, sin hablar de los brahmas, pastores de innumerables confesiones protestantes, rajahs engalanados como urnas, mujeres inglesas y mujeres de Parsis, cuya abigarrada batahola ondulaba, á la salida, en las gradas de la galería, al resplandor de las antorchas que sostenian los cipayos.»

Otras escenas, tales como la iluminacion del Ganges, hablarian más vivamente aún á los ojos y al espíritu del espectador. Se veria el rio sagrado, coronado ó guarnecido por un anfiteatro irregular de escalones de mármol, de templos y palacios, en una extension de 4 ó 5 kilómetros, sin que el curso ligeramente arqueado de aquel impidiese abrazar de una sola mirada el conjunto de tan reluciente panorama; las cascadas de luces multicolores que brillan por la noche en las gradas de los *ghauts*; los elevados palacios que reflejan sus iluminadas fachadas en el agua del sagrado rio; los minaretes, cuya deslumbrante cúspide parece rivalizar con las constelaciones del cielo; las innumerables pagodas cuyas fantásticas formas, reproducidas en líneas de fuego sobre el azul nocturno, hacen pensar en alguna lámpara de fantasía desmesuradamente agrandada por los caprichos de un sueño.

A continuacion de estas brillantes descripciones, se hallan las lúgubres pinturas de cadáveres flotando en el rio místico para lavarse de sus pecados, y de cremaciones que infectan el aire siempre que

una familia posee los medios de encender una pira. Hay las danzas sagradas de los religiosos budhistas en el principado de Sikkim, y las psalmodias con acompañamiento de caracol marino, «como en el culto del Baco Indio,» y la visita á los tesoros de los templos,—las sacristías,—«donde se hallan colocados los *molinos de oraciones* como los toneles en una cueva.» Estos extraños instrumentos, inventados para ayudar á la memoria y á los órganos de la palabra en el pueblo más dado á la oracion que hay en el mundo, son, como es sabido, unos cilindros cuyo movimiento giratorio presenta por el lado del zenit una fórmula escrita en sus paredes. La única condicion exigible en el empleo de este método de oracion mecánico es que cada vuelta de rueda tenga la duracion que tendria el recitado de la oracion. Hay tambien reuniones particulares entre los indios, en las que los huéspedes, solamente hombres, son rociados con agua de rosa, y donde se hace bailar á las bayaderas. Sobre este punto advierte M. Goblet d'Alviella que hay que renunciar á las brillantes ideas que nos hemos formado, «segun el Oriente de los libros», de aquellas flexibles criaturas. «Sus danzas, bastante enojosas para los extranjeros, dice, son casi siempre pantomimas acompasadas como los minuets.»

Y tenemos, por último, el relato de los incidentes personales del viaje, que no dejan de ofrecer su color local cuando el autor se sube á un antiguo cabriolé de fuelle colocado sobre el lomo de un elefante.

Todo es vivo en estas rápidas pinturas que se suceden atropelladamente, como si faltase espacio á M. d'Alviella para contarle todo. En este concepto, se halla muy en armonía su libro con el país que describe, donde las poblaciones de tercer orden encierran cientos de millares de habitantes, y las ciudades principales, como Bombay y Calcuta, una 650.000 y la otra 1.500.000 criaturas amontonadas unas sobre otras. Parece que en la tierra del Indostan no tiene el hombre más espacio que el que entre nosotros tiene su cadáver.

Las excursiones por los montes Himalaya no constituyen, por decirlo así, más que un apéndice del viaje. M. d'Alviella no ha envidiado los lauros de los alpinistas, y se ha contentado con disfrutar de las nevadas cimas «como decoraciones.» Pero á su paso por el Sikkim, ¡qué bien nos hace comprender las ceremonias del culto búdhico y lo que él llama «jeroglíficos metafísicos!» Su libro pertenece á esa encantadora familia de los de viajes: la *Suiza*, de Dixon; la *Alemania*, de Tissot; la *Estados-Unidos* y la *Rusia*, de Molinari; cuyo objeto es iniciarnos, entreteniéndonos, en la vida de otros países, y cuyo resultado es acortar la distancia moral que separa á los pueblos, demostrándonos, en resumen, que

todos los hombres se parecen. ¿Quién no reconoce á un hombre de su raza en la curiosa figura de sir Mulgundass Nathonboy, hecho caballero por la reina, que «se burla de la superstición de sus compatriotas, deplora lo absurdo de sus creencias, y no por eso observa menos las prácticas de su culto originario; que costea el sostenimiento de ídolos en el templo brahmánico, acepta para el casamiento de sus hijos la fecha señalada por los astrólogos, y lleva en el nacimiento de la nariz el signo rojo distintivo de su secta, porque, segun él mismo dijo, no es un grano de anís el perder uno su casta?» ¿Quién no participaría de los sentimientos de este personaje, miembro del Consejo legislativo hace diez y ocho años, que pasa por «radical» porque en vez de seguir siempre á ciegas el parecer de los demás, segun la antigua costumbre de los consejeros indígenas, ha sido el primero en dar á sus colegas, en ciertas circunstancias, el ejemplo de la resistencia á las miras y proyectos del gobierno? «No se trata, sin embargo, añade M. d'Alviella, sino de una oposicion *legal*, en el sentido inglés de la palabra; porque sir Munguldass me ha declarado que consideraria como una gran desgracia la pérdida de la dominacion inglesa, única capaz de asegurar el orden y extender la instruccion en la India.» Pero el indio sigue siendo indio, de corazon, y no puede menos de lamentar, aun aprobándola, la trasformacion de su país.

Los libros de esta clase son en literatura lo que en pintura los paisajes de la escuela moderna: algo de vivo y de verdadero, dentro del género impresionista. Está hecho á grandes pinceladas y es de un excelente efecto. Nada hay de más alegre de tono y de maneras que el relato de M. d'Alviella. Nada más elevado, digámoslo para concluir, que los principios á que se subordinan sus juicios. Su libro es, en una palabra, un libro agradable, discreto, muy nuevo y muy francés.

L. QUESNEL.

LA TIERRA PROMETIDA.

RECUERDOS DE UN PROVINCIANO.

(Continuacion.)

VI.

UN LANCE DE HONOR.

Mucho se ha declamado en todos los tonos en contra de los desafíos, aun por los mismos que los aceptan de hecho.

Mas como otras tantas instituciones, el desafío subsiste y seguirá subsistiendo en nuestra socie-

dad, en tanto el honor, en cuya falsa idea está fundado, no se defina bajo otro punto de vista más verdadero.

— Cuando los hombres se respeten mutuamente y desaparezcan nuestros instintos de violencia, podrá borrarse esta reliquia de la Edad media.

Entre tanto, el duelo regirá como una ley en la sociedad, por una razón incontestable.

En la lógica del mundo se llama cobarde al que lo rechaza, y fuerza es respetarla, puesto que la sociedad, lejos de coartar el ejercicio de la violencia, lo sanciona y legitima, respetando al hombre que está dispuesto á matar á otro.

¿Qué importa que el desafío sea á veces un verdadero asesinato ó un homicidio eventual? ¿No es ántes el que se nos satisfaga de una palabra de doble sentido ó de una mirada insolente en el único tribunal donde debe juzgarse este género de ofensas?

¿Qué se diría del que acudiera á los tribunales á querrellarse de tales ultrajes?

Desengañense los filántropos: para los vidriosos hijos del siglo, los juicios de la sociedad son lo que para nuestros antepasados los juicios de Dios.

Estos pensamientos asaltaban á Pablo, que recogido en su estancia, acabó por reflexionar seriamente acerca de su situación.

Entonces pensó en su padre, que casi le había pronosticado lo que la sociedad iba á ofrecerle, si no sabía conducirse en ella y marchar sin torcerse al fin propuesto.

Dominado por este recuerdo, tomó la pluma y escribió una conmovedora carta en que se reflejaban sus angustias y sus dolores, y su sincero arrepentimiento por sus locuras de niño.

Poema sencillo y elocuente, del que pocos hombres serán los que no hayan modelado una copia siquiera en su vida.

Después, dando orden de que aquel pliego lo enviaran á su destino si no volvía á la fonda el día siguiente, se tendió en el lecho, y se durmió como se duerme á los veinte años, aunque sea al borde de un precipicio.

Un carruaje que se detuvo á la puerta del hotel poco después de amanecer, despertó á Pablo, haciéndole entender que sus padrinos llegaban en busca suya.

Eran estos, con efecto, acompañados de un médico que habían buscado para que llenara su triste y consoladora misión cerca del que tuviera la desgracia de quedar herido.

Después de las presentaciones consiguientes, Pablo tomó asiento á su lado, y el carruaje se deslizó calle abajo por la de Alcalá, solitaria á aquellas horas.

El sitio designado para la cita era una pequeña

esplanada á la izquierda de la carretera de Aragón, situada cerca de la venta del Espíritu-Santo.

No encontrando á nadie todavía cuando llegaron al lugar convenido, Pablo y sus testigos echaron pié á tierra, internándose luego en uno de los recodos del camino, con objeto de esperar tirando al blanco.

Ramirez invitó á nuestro joven á hacer algunos tiros para asegurarse del estado de su pulso; y éste, tomando una de las pistolas, satisfizo cumplidamente sus deseos, destrozando á cuarenta pasos una moneda de plata.

Esto dió ánimos á todos y les hizo presentir un éxito lisonjero.

La llegada del lacayo les indicó entonces que sus contendientes se acercaban, y por lo tanto se dispusieron á salirles al encuentro.

Apearonse éstos de su coche, del que sacaron otra caja de pistolas, y saludaron con una inclinación de cabeza.

Pablo se retiró con el doctor algunos pasos, y su contrario hizo lo mismo en dirección opuesta.

Los padrinos comenzaron á hacer los precisos preparativos, y cuando quedaron examinadas las armas y se hubo escogido y medido el terreno, los desafiados fueron llamados á ocupar sus puestos respectivos. Ramirez preguntó á su amigo si tenía algún encargo que hacerle, y éste dándole las gracias, después de manifestarle que todas sus disposiciones estaban dadas, tomó las pistolas que se le presentaban, y con actitud resuelta se puso enfrente de su adversario.

Los dos jóvenes ostentaban en su fisonomía un valor tranquilo, y tal vez los dos tenían en aquel momento puesto su recuerdo en una misma persona.

Abrochadas sus levitas y rigurosamente vestidos de negro para no presentar ningún punto que sirviera de blanco, ambos contendientes, con el cañon de sus pistolas levantado, pudieron mirarse un instante frente á frente.

La señal convenida se oyó, y los dos al mismo tiempo dispararon sus armas. La bala de Pablo pasó rozando la frente de su adversario, y la de éste pasó silbando por encima de la cabeza de aquél.

Uno y otro adelataron cinco pasos, sintiendo latir su corazón con violencia, y cambiando de manos las pistolas, repitieron la misma operación.

Sonaron los dos tiros, y entre el humo de la pólvora se vió caer desmayado á Montenegro.

VII.

ILUSIONES PERDIDAS.

La herida de Pablo fué la primera catástrofe del penoso Calvario que había comenzado á subir.

El infortunio, que es indudablemente nuestro mejor maestro, y que cuando se adhiere á un individuo

no se desprende sino despues de crueles pruebas, aleteaba alrededor del lecho donde se hallaba postrado Montenegro, áun cuando no de gravedad por suerte.

Quince dias despues de su bautismo de sangre, y casi restablecido del daño ocasionado por el proyectil, que habia tocado su hombro derecho sin penetrar en él, pudo nuestro provinciano satisfacer el más vehemente deseo que durante su curacion habia alimentado, y que fácilmente se comprenderá cuál era.

La baronesa, á la que Pablo durante los insomnios de su fiebre, habia soñado junto á su cabecera prodigándole entre enamorados suspiros, todos los consuelos y cuidados que su poesia alcanzaba, no se habia cuidado más del pobre herido que lo estrictamente prescrito en el ritual de la amistad y la buena educacion. Mas de una vez en los primeros dias, cuando sufría dolores por la hinchazon de su herida, el crédulo apasionado suplicaba á su amigo Ramirez, constituido en enfermero suyo, que no le ocultase los perfumados billetes que por lo ménos debia haberle dirigido su Laura. Este se sonreía como se sonríe ante la manía de un enfermo, y solo cuando vió á Pablo en disposicion de pagar personalmente los recados de atencion, únicos mensajes recibidos de la baronesa, le manifestó seriamente la verdad de lo acontecido.

Pablo, al saberlo, sintió no haber muerto en el malhadado lance, que llegó á figurarse que á más de cierto prestigio para su adorada, podria haberle dado la ocasion propicia para la revelacion de sus recíprocos sentimientos.

No entonaremos un idilio para pintar todos los extremos á que Pablo se entregó al darse cuenta de la nueva decepcion que la conducta de la baronesa le prometia.

Calmado con las reflexiones de Ramirez, que con la buena intencion que es de presumir invocó las conveniencias sociales, el pudor de Laura, y cuanto su imaginacion le sugirió, Pablo se dispuso á afrontar el peligro de una visita á aquella mujer que era su esperanza y su tormento.

A esto respondia su primera escapatoria. No hemos dicho aún que Montenegro tenía una figura agraciada y llena de espresion, estatura corta, pero bien proporcionada, y manos blancas y bien cuidadas. Sus ojos eran garzos y sus cabellos negros y ligeramente rizados; sus labios de grana y sus dientes blancos y perfectamente alineados. Añadamos á esto una palidez que favorecia sus facciones bien modeladas, y un ligero círculo azulado alrededor de sus ojos propio á todos los convalecientes, y convendrá cualquiera en que su figura podia satisfacer á una baronesa.

La que inspiraba de tal modo á Pablo, mandó que

hicieran pasar á éste á su *boudoir*, apenas se hubo anunciado.

Voluptuosamente reclinada sobre una otomana de terciopelo oscuro; envuelta en una ceñida túnica que dejaba adivinar todo lo picante de sus gracias; bajo una atmósfera suavemente embalsamada por las flores que en ricos vasos del Japon erguian sus cabezas, y en una media luz que parecia reflejarse de su hermosura, Laura apareció ante los ojos asombrados de Pablo como una estatua antigua.

La acogida fué cordialísima.

Pero en aquel momento solemne en que nuestro enamorado, despues de referir á su amada todas las particularidades de su duelo, relato que esta habia escuchado atentamente lanzándole dulces miradas, se decidió á provocar una explicacion decisiva, Pablo tembló por la pérdida de sus ilusiones. ¿Le rechazaría la baronesa? ¿corresponderia á su pasion?

Este era el dilema que surgia en su mente, y que podia marcarle el camino de su suerte futura; porque nada hay más fácil que destruir un porvenir con el desprecio por una pasion violenta.

Preciso era terminar de una vez juego tan peligroso.

Nuestro jóven, comprendiéndolo así, comunicando á sus palabras el atrevimiento que llevaba en el alma, aprovechó unas frases de Laura que demostraban interés, para suplicarla que la escuchase atentamente.

Ella, que presintió lo que Pablo iba á decirle, se contentó con callar, haciendo un gesto de aprobacion y de impaciencia á la vez.

Montenegro se desbordó entonces en un torrente de palabras impregnadas de pasion, ofreciéndola entero el tesoro de amor que tenia para ella: la conjuró á que fuera la sombra protectora que necesitaba su alma de poeta; que desafiaba los sinsabores que pudieran acarrearle los envidiosos de su fortuna, y que orgulloso en su amor y la pureza de sus intenciones, se creia capaz de elevarse sobre todos los hombres, como el Dante por su Beatriz y el Petrarca por su Laura.

Con este rasgo lírico, Montenegro dió fin á su vehemente narracion, si no del mejor gusto, notable cuando menos por el entusiasmo y la noble pasion que revelaba.

Pero todo fué estéril; el fuego de aquel amor centellante en rasgos de sentimiento, no pareció comunicarse á la criatura sin corazon que la escuchaba.

Afectando una emocion bien pasajera, se apresuró á lamentarse de haber sido causa inocente de sinsabores, de los que su afecto queria consolarle. En cuanto á su amor, le suplicaba por el bien de ambos que lo destruyera dentro de su pecho.

—Aparte de que la pasión que ofrece una cabeza calenturienta no suele ser la más duradera, creed, Pablo,—continuó esta singular mujer,—que viéndome feliz en mi posición actual, no quiero imponerme el sacrificio de sujetarme á un nuevo estado en el que pueden comunicarse tantos pesares. Además, yo no soy libre hasta el punto que se cree; y este secreto, que tal vez un día os hubiera revelado, á no entrar en este camino, me obliga también á rechazar ofrecimientos de una pasión tan impetuosa como comprometida.

Pablo quedó anonadado con respuesta tan fría y meditada, que le cerraba de golpe, por falta de experiencia, las puertas del esperado paraíso.

Cuando la nube que pasó por su frente se deshizo, arrojó al rostro de aquella pérfida todo el melancólico desden que puede envolver una mirada, y balbuceó estas palabras, que fueron acogidas con un mohín desdeñoso:

—Mujer orgullosa y sin corazón que me rechazas, acuérdate del infortunio que has arrojado en mi camino, y culpate á tí misma si un día, triste y necesitada de cariño, no cosechas en la tierra más que el egoísmo que hoy vas sembrando.

Sin dignarse contestar con un gesto ni una palabra, la baronesa se levantó de su otomana, y Pablo, comprendiendo perfectamente lo que esto significaba, dando su último adiós á esta estatua mujer que tan despiadadamente le trataba, salió de la estancia agitado por mil pensamientos encontrados.

Pasó algún tiempo ántes que nuestro provinciano se repusiera del golpe que había matado sus ilusiones.

Disipada al fin su calentura, una nueva quimera se apoderó de aquel espíritu movible.

Pablo, como verdadero poeta, no se veía satisfecho rodando entre la muchedumbre sin una aureola que le distinguiera. Hombre y niño á la vez, y no herido más que en sus sueños de amor, la gloria de un nombre se le apareció como el pedestal de nuevas y puras satisfacciones.

Tomando otra vez los deseos de su imaginación por realidades fáciles de flanquear, el amor propio que le alentaba, y la creencia en un poder más ficticio que real, le alentaron á un propósito tan generoso como aventurado.

Los recuerdos de aquella ovación obtenida por el autor de una comedia que tanto le impresionó en los primeros días de su vida cortesana, le inspiraron la espantosa idea de dar vida á otra obra de este género.

Cautivo de esta idea, nada le detuvo.

Creyendo empresa muy posible asombrar á sus contemporáneos, Pablo, comenzando por retraerse del mundo y de sus amigos, dió principio á la mag-

na locura que le proporcionó ante todo cuatro largos meses de absoluto aislamiento y de continuos insomnios.

Su creación, tan penosamente elaborada, se vió un día completa; mas después de dilaciones sin cuento, de contrariedades y disgustos, y después de mucho tiempo perdido en halagar vanidades artísticas y cultivar los tratos de bastidores, fué al fin representada, y... olvidada en muy pocas noches.

La grandiosa obra con tantos esfuerzos concebida y con tantos obstáculos puesta á la espectación pública, no era sino el ensayo de un joven *que promete*.

Esta fué la inapelable sentencia de la crítica, de acuerdo esta vez con el auditorio, siquiera para que hubiera algo de extraordinario en el debut de Montenegro.

Pero nuestro poeta, que había soñado con una patente de hombre de talento, con una reputación, y hasta con los beneficios más positivos, no vió en su éxito tan mediocre más que una revelación de su impotencia.

Pablo no amaba el estudio y el trabajo en lo que tienen de más grande y consolador, y de aquí que al encontrarse sin la recompensa ficticia y brillante que únicamente le sonreía, en vez de continuar laboriosamente trabajando su colmena, tirara la pluma que mataba otra de sus ilusiones.

Hay jóvenes á los que la voluntad y la reflexión, y muchas veces la necesidad, les llevan á caminar resueltamente en la vía trazada por sus ambiciones; pero las naturalezas débiles desmayan pronto, y no se resignan á marchar confundidos en las filas de los que, sin fortuna hecha, esperan y llegan á lograrlo todo de su valor personal y de sus trabajos obstinados.

Los que como Pablo Montenegro someten su vida á actos sin voluntad, y son inhábiles para luchar contra las cosas, sin la actividad que requiere nuestro siglo, están perdidos aún cuando tengan el sentimiento de facultades superiores.

Nuestro héroe, sin fuerzas para emprender nada serio, sin resistencia contra los hábitos de la vida mundana, se sumergió entonces entre las sombras, buscando todos los azares de la existencia, que únicamente le proporcionaron motivo para desarrollar su odio contra las supremacías sociales.

ANTONIO PEREZ RIOJA.

(Concluirá.)